

REGRESO AL FUTURO

LAW SPACE

Regreso al futuro

Law Space

Espacio el Mundo futuro/136

CAPÍTULO I

Al detenerse para mirar, con atención, su imagen reproducida en el espejo, la maquinilla eléctrica susurró, libremente, haciendo vibrar el aire con sus cientos de cuchillas que lo batían incansablemente.

—¿Te has dado cuenta, Jim?

El interpelado dejó de hojear el libro que tenía sobre las rodillas y levantó la mirada hacia su amigo.

—¿Decías algo?

Pero el otro estaba pendiente de la observación de su rostro, así le pareció a Jim Carter, que no pudo por menos de esbozar una sonrisa:

—No estarás volviendo a tu fase narcisista, ¿verdad?

El del espejo se volvió, sorprendido; después, comprendiendo el sentido de las palabras del otro, sonrió diciendo:

—No, no es narcisismo, amigo mío: son canas. ¿Te has dado cuenta de que empezamos a tener el pelo blanco?

—Yo ya me di cuenta hace tiempo.

—Pero...

—Escucha, Olaf. Quieras o no, hace ya ocho años que salimos de la

Tierra.

—Sí, pero no teníamos más que veintidós...

—... lo que hace, si las matemáticas no mienten, que ahora tengamos treinta; pero treinta años del espacio; es decir, ocho pasados entre muchos peligros, situaciones inverosímiles, luchando contra criaturas imposibles. ¡Date por contento de poder tener aún cabello!

—Siempre exageras del mismo modo, Jim: eres un incurable extremista... Después de todo, treinta años no son, no lo han sido nunca, una edad como para echarse a temblar.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que, sencillamente, en general, los hombres que han llegado a la treintena no tienen la cabeza canosa... como nosotros.

—¡Qué importancia das a unos cuantos cabellos blancos!

—No seas ganso. No soy ninguna damisela que observa, con terror, las primeras arrugas de su rostro, rebeldes a los afeites y cremas. Lo que ocurre es que me molesta parecer más viejo de lo que soy.

Paró Olaf la maquinilla eléctrica, limpiándola, antes de guardarla en el estuche y se volvió a su amigo, que en aquel momento le ofrecía un cigarrillo.

—Ya no te digo lo de siempre: ¿habrá bastantes, Jim?

Sonreía, como un niño, mientras encendía el cigarrillo.

Carter también sonrió:

—Fue una precaución necesaria, Olaf. Llevábamos tabaco para cuatro años y en la primera fase del viaje fumábamos como demonios. Yo me di cuenta de que, a aquella marcha, nos íbamos a quedar sin algo que necesitábamos, si no tanto como los alimentos, al menos como algo que nos ayudaría a acortar las interminables esperas de un viaje como el que habíamos iniciado.

—Tuviste toda la razón, Jim. Tu sistema de racionamiento nos dio maravillosos resultados. La prueba: todavía nos quedan algunas cajas, ¿no es así?

—Muy pocas, amigo.

—Es que ha sido un viaje extraordinariamente largo... ¡ocho años! Verdad es que regresamos a la Tierra con datos preciosos sobre muchos mundos que eran completamente desconocidos para todos, verdad que hemos pasado el límite del Sistema Solar y atravesado el vacío horrendo que nos separaba de Alfa del Centauro... ¡Hasta allí hemos llegado!, ¿te das cuenta, Jim?

—Cuatro años para ir y cuatro para volver... un buen pedazo de la vida de un hombre que hemos pasado en la soledad del espacio...

—Sí, ocho años acompañados por seis robots que han sido nuestros únicos amigos en esta larga aventura. Ellos salieron de la astronave, nos trajeron muestras de todo lo que deseábamos llevar a la Tierra... ¡Seis amigos de hierro!

—No los desprecies, Jim... Ahora, los tres que nos quedan ya no son más que máquinas estropeadas, corroídas por atmósferas ácidas, arañadas por aires cargados de partículas destructoras, comidas por la radiactividad de muchos mundos en los que nos posamos... Es verdad que no son más que máquinas; pero, a pesar de todo, tienen para nosotros la significación de verdaderos amigos, de viejos cama- radas que hicieron posible la parte informativa del viaje, ya que nosotros, a pesar de los trajes espaciales, no hubiésemos durado ni un par de minutos en los horribles ambientes en los que les hicimos desembarcar.

—Es verdad.

Guardaron silencio, terminando de fumar sus cigarrillos.

—El libro de las instrucciones, si es que así se puede llamar la colección de cintas magnetofónicas que nos entregó el profesor Morton al salir, tiene una caja que aún permanece sellada...

—Ya sé. La que teníamos que abrir cuatro días antes de llegar a la Tierra...

—No puedo hacerme cargo de que estamos regresando...

—Ni yo tampoco, Jim. Es algo que, de tanto desearlo, llegué a considerarlo como una quimera. ¡Volver a la Tierra!

—¿Habrá cambiado mucho nuestro planeta en estos ocho años?

Olaf se encogió de hombros.

—No lo creo… Hombre, algunas cosas sí que las encontraremos cambiadas; pero, en general, nuestra vieja civilización continuará igual. Los mismos problemas, las mismas cuestiones…

—Es curioso que cuando vivimos en nuestro mundo nos pasemos criticándolo todo, sin parar, sintiéndonos reformistas, revolucionarios, idealistas, no viendo más que defectos, desigualdades, injusticias. Sin embargo, basta pasar ocho años fuera para que deseemos vivamente volver al seno de la imperfección, seguros de que estaremos allí mil veces mejor que en esta tremenda soledad en la que hemos vivido todo este tiempo. ¿No es así?

—Tienes razón. El mundo es la patria del hombre y éste se carga de añoranza cuando se aleja de ella.

—Menos mal que ya estamos muy cerca…

—y que jamás volveremos a salir de nuestra amada Tierra.

* * *

Jim tenía la caja lacrada, que contenía la última cinta magnetofónica con las postreras instrucciones del profesor Morton.

Clark F. Morton había sido, ocho años antes, el forjador de aquel colosal viaje al espacio. El descubrimiento de su motor para la utilización de los fotones como fuente de energía de movimiento, permitiendo velocidades vecinas a la de la luz, abrió posibilidades tremendas al hombre, hasta entonces confinado en el interior del Sistema Solar que, como los más juiciosos esperaban, no estaba habitado, excepto la Tierra, más que por criaturas elementales y alejadas del hombre como los virus filtrables que éste había descubierto en su mundo. La posibilidad de un verdadero viaje espacial tuvo mucha más importancia que la salida del primer cohete tripulado para la luna, hecho acontecido en mayo de 1965, fecha que hasta entonces se había considerado como correspondiente a un momento estelar de la Humanidad.

Debido a una grave dolencia cardiaca, Morton se vio lógicamente privado del acceso a la astronave que había mandado construir. Muy a pesar suyo, debió dejar que dos jóvenes ocupasen los lugares del aparato. Por eso, cuidadosamente, dictó instrucciones concretas que

les fueron de una maravillosa utilidad para el viaje, siendo como si el propio Morton hubiera estado a su lado, siempre vigilante, interviniendo en el justo momento en que tenía que hacerlo.

No quedaba más que aquella caja.

—Será como una anticipación de bienvenida —dijo Olaf—. El bueno de Morton es así.

Su compañero frunció el entrecejo.

—Me dolería mucho no encontrarlo a nuestro regreso.

—¿Qué quieres decir? —se alarmó el otro.

—¿Has olvidado su estado, Hamilton? Estaba mucho más enfermo de lo que él mismo creía.

—No temas. El viejo era de piedra y lo encontraremos, entre la gente que nos esperará, para ser el primero en estrecharnos entre sus brazos.

—¡Dios mío, va a ser emocionante! Avisarán a nuestras familias, ¿verdad? Mi madre y mis hermanos…

—Y mis padres… ¡Menuda fiesta organizarán! Ocho años sin vernos.

—Me hubiese gustado muchísimo, sobre todo por mi padre, haber podido comunicar, de vez en cuando, durante el viaje, con la Tierra; pero, por desgracia, era imposible.

—No hay emisor tan potente, amigo mío.

Hubo una larga pausa; después Olaf dijo:

—¡Bueno! ¿Quieres hacerme sufrir o qué?

—¿Sufrir? ¿Por qué?

—Tienes esa dichosa cajita en las manos hace media docena de minutos y yo estoy ardiendo por escuchar la voz de Morton.

Jim sonrió.

—Es verdad. ¡Perdona!

Rompió el lacre, sacó la cinta y la colocó en el magnetófono, poniéndolo inmediatamente en marcha; después, sacó sendos

cigarrillos.

—La ceremonia lo requiere... —dijo.

Olaf sonrió.

—¡Cómo se nota que estamos regresando a la Tierra, ¿eh, Jim? ¡Te estás poniendo despilfarrador!

—¡Fuma y cállate!

Fue entonces cuando la voz de Morton se dejó oír, clara como siempre, pero quizá cargada con un tono de emoción que se transparentaba en todas las palabras:

«Mis queridos amigos. Hace ocho años... ¡y qué raro me parece decir esto ahora mismo, cuando hablo!... dicté este último mensaje para vosotros, que, al oírlo, demostraréis haber vencido en la difícil empresa a la que os envié...

»No podéis imaginaros la emoción que, en estos momentos, se apodera de mí al pensar que estáis de regreso del más fabuloso viaje que el hombre soñó realizar jamás... ¡Volvéis de las estrellas! Y esto es importante desde todos los puntos de vista, porque significa que habéis logrado esa vieja rebelión humana de escapar del Sistema, de recibir la luz y el calor de otros soles que no sea el que vieron desde siempre.

»Vosotros lo habéis logrado.

»Es curioso que en estos precisos momentos, antes de que con toda seguridad empecéis a odiarme con toda la fuerza de vuestros corazones, piense en el premio que he de daros. Porque, lo queráis o no, he de daros un premio... el que merecen los hombres como vosotros, que habéis cumplido mi viejo sueño: salir al verdadero espacio, liberar a! hombre de los estrechos límites del espacio al que estaba irremisiblemente condenado.»

Olaf y Jim se miraron con las cejas enarcadas y un brillo interrogativo en las pupilas.

Hubo un largo silencio, hasta que el altavoz volvió a sonar.

«He callado un momento —dijo la voz de Morton —porque me imagino vuestra expresión de sorpresa y la veo ahora... como deberá realizarse en esos momentos... dentro de ocho años.

»¡Ocho años!... El tiempo ha sido siempre algo tan convencional, tan íntimamente unido a nosotros, que jamás lo consideramos como una dimensión del espacio, como algo que está, en realidad, muy por encima del que marcan los relojes o del que miden, tímidamente, los latidos de nuestros pobres corazones.

»Sí, amigos míos, el tiempo es algo que el hombre no ha sabido jamás considerar como un todo aparte, como algo que vive en el seno del espacio, contribuyendo, con las otras tres dimensiones, a formarlo... ¿Qué puede significar el hoy, el ayer o el mañana de nuestros deseos?

»Todo eso no son más que vanas palabras que no representan absolutamente nada en el conjunto del cosmos, que es lo que verdaderamente cuenta.

»Y ése es, amigos míos, el magnífico regalo que os he dado: el tiempo. Un regalo que merecíais y que, por otra parte, hay que ser justos, no podía evitar de haceros.

»Pero no vayáis a creer que os he regalado un tiempo vacío, un tiempo humano: os he regalado un tiempo cósmico, un tiempo verdadero.

»¡Os he regalado dos mi! años!

«¡Os extraña, eh?... Yo asistí a vuestra marcha y sé que no podréis perdonarme esto, pero es necesario que lo sepáis y creo que ya ha sido suficientemente grande la preparación: vuestro viaje ha durado ocho años, pero, al regresar a la Tierra... habrán transcurrido, verdaderamente, dos mi!

»Eso quiere decir, mis queridos amigos, que vais a encontrar un mundo desconocido y que todo lo que dejasteis, hace esos falsos ocho años, habrá desaparecido... Hace dos milenios... veinte siglos.

«Perdonadme, amigos, pero no pude hacerlo de otro modo. Yo, como iodo lo demás, no seré ya más que un montón de huesos convertidos en piedra... o en cenizas... ¡Dichosos vosotros que podréis haber salvado, al mismo tiempo que la del espacio, la barrera del tiempo!

CAPÍTULO II

EL aparato enmudeció, deteniéndose el rodar de la cinta.

Durante mucho tiempo los dos jóvenes, con los ojos entornados y la frente plisada por las arrugas, permanecieron silenciosos, encerrados en un profundo mutismo, del que preferían, por el momento, no salir.

Fue Olaf quien rompió aquel silencio:

—¡Qué canallada!

Jim le miró vagamente; después musitó:

—¡Parece imposible!

—¿Cómo pudimos confiar en un hombre así, Jim, en un hombre sin entrañas, para el que no existía más que el egoísta goce, la personal satisfacción de ver sus deseos cumplidos?

—¿Y qué sabíamos nosotros?

—¡Eso es lo peor! Nos dejamos llevar por su aparente buena fe, por su entusiasmo científico. ¿No nos dijo, poco antes de que la astronave despegase, que estaría allí para recibirnos, para abrazarnos, junto a nuestras familias, junto a nuestras prometidas?

—¿Y ahora, qué?

—¿No te das cuenta?

Se miraron larga y fijamente.

—¿No te das cuenta, Jim? —repitió Olaf.

—Sí. Lo Horrible no es lo que hemos pasado… sino lo que nos espera. Porque, cómo vamos a ser recibidos por gente que desconoce nuestra existencia?

—Me hace el efecto de volver a un planeta extraño.

Y miró hacia el ojo de buey de proa, por el que se veía, brillante como una esfera azulada, la Tierra, con su satélite frío que giraba lentamente a su alrededor.

—¿Es posible? —se preguntó en voz alta— que esta Tierra sea dos mil años más vieja que cuando la dejamos?

Jim se acercó a él, poniendo un brazo sobre el hombro de su amigo.

—Sí, Hamilton… Un mundo dos mil años más viejo que cuando nos fuimos. Y nosotros, a pesar de las melosas e hipócritas palabras de Morton, dos desdichados que tienen, por encima de su apariencia de treinta años, veinte siglos sobre sus espaldas.

Olaf miraba a la Tierra.

—¿Qué habrá pasado ahí, Jim, amigo mío? ¿Qué cosas horribles pueden haber ocurrido en esos dos mil años? ¿Qué tremendos cambios pueden haberse realizado?

—¿Y qué sé yo?

—¿No te das cuenta de que, para esa gente, somos dos seres a quienes jamás podrán comprender? Es como si los hombres del año 2000 hubiesen visto llegar a sus ciudades una pareja de seres… que hubieran visto nacer a Jesús. ¿Qué clase de recibimiento hubieras creído que les harían?

—Les hubieran, sencillamente, encerrado en un manicomio.

—Eso es lo que nos ocurrirá a nosotros. De nada nos servirá hablar de nuestra época; porque, ¿qué significará para esa gente el año 2158, fecha en la que abandonamos la Tierra?

—Ellos estarán en el 4158…

—¡Es horroroso! —Y después de una pausa —: ¿Te das cuenta? Si hay algo precioso en la vida del hombre… es la muerte. Desaparecer a tiempo… ésa es la cuestión. Si un anciano no llega a comprender el comportamiento de la juventud que, después de todo, está adelantada a él en dos generaciones, ¿cómo podremos nosotros comprender a esa gente, después de cientos de generaciones?

—Son ellos los que nos comprenderán menos.

—¿Qué harán con nosotros?

—Ya veremos —se había encogido de hombros—. ¿Qué puede importarnos? Después de todo, si nos matan, nos harán favor.

—Es verdad.

—Ahora lo importante es preparar el aterrizaje. Tendremos que avisarles por radio. Y para eso voy a preparar en el dictáfono algo que pueda explicarles lo insólito de nuestra llegada… ¡de nuestro regreso

al futuro!

* * *

No contestaron a los mensajes.

Parecía como si la Tierra estuviese completamente vacía, como si alguna horrible guerra total hubiera hecho desaparecer toda huella humana sobre ella.

Pegados al ojo de buey de proa, los dos amigos, repletos de una indecible angustia, miraban la proximidad del planeta, a cuya estratosfera se iban acercando rápidamente.

—¿Por qué no habrán contestado?

Olaf se encogió de hombros.

—No sé... Es posible que hayan creído que queremos engañarlos. ¿Quién sabe?

—Lo raro es que no nos hayan interceptado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Hombre! Dos mil años de civilización son, creo yo, suficientes para haber desarrollado una astronáutica fantástica. Ya mucho antes de llegar al Sistema debíamos haber sido detenidos por alguna patrulla de ellos. Indudablemente, Morton no consideró esa posibilidad, reservando la cinta para cuando ya estábamos cerca de Júpiter.

—No subestimes a Morton. Todo parece demostrar que él sabía...

—¿Qué sabía?

—Todo. Que no iban a salir a buscarnos y hasta quizá que no contestarían a nuestros mensajes.

—¿Qué habrá pasado entonces en la Tierra? ¿Habrán vuelto a la época de la Edad de Piedra?

—¿Por qué no? Una guerra ha podido destruir la civilización, acabar con todo lo que existía y abrir el paso a la barbarie...

—No sé qué pensar...

—Pronto saldremos de dudas. Antes de diez minutos estaremos a una altura en la que podremos dominar la Tierra y buscar un sitio seguro para aterrizar... Después veremos.

—Sí. Es mejor esperar.

El piloto automático funcionó perfectamente y, momentos después, tras atravesar una densa capa de nubes, la Tierra apareció finalmente ante los ojos de los astronautas, mientras el aparato iniciaba un planeo suave.

Los dos hombres miraban fijamente, sin poder contener su emoción.

—¡Mira!

—Sí, una ciudad... una ciudad inmensa, que ocupa todo el espacio visible... ¡es monstruoso!

—¡Fíjate! La ciudad sigue cubriéndolo todo...

Así era, en efecto.

Masas abigarradas de edificios, separados por avenidas, tapaban completamente la superficie visible. Mientras la astronave corría, los edificios, interminablemente, desfilaban bajo ella, sin mostrar un signo de querer terminar.

—¡Dios santo, qué ciudad!

—¿Y cómo es posible que los hombres que han hecho eso no hayan sido capaces de crear una escuadra de astronaves que nos hubiese alcanzado?

Olaf no le escuchaba, buscando ansiosamente un lugar para aterrizar.

—¡No podemos posarnos sobre las casas! —dijo en voz alta.

Y fue en aquel preciso instante cuando la nave dio un respingo, deteniéndose bruscamente en el aire.

—¿Eh? —se alarmó Olaf.

Jim corrió hacia los mandos, intentando hacerse con ellos.

Vanamente.

—¡No responden! —gritó con voz ahogada.

La nave, que había permanecido detenida en el espacio, empezó a descender lentamente, como si invisibles brazos tirasen de ella.

—¿Qué demonios ocurre?

—Tiran de nosotros, pero no veo cómo.

—Indudablemente —dijo Jim amargamente—, estos dos mil años no han pasado inútilmente para el hombre.

—Pero... ¿qué clase de hermanos nuestros vamos a encontrar ahí abajo? Eso es lo que me da miedo.

—Pronto lo sabremos.

La astronave fue descendiendo más y más, hasta que ya sobre un enorme edificio, el techo de éste se partió en dos, abriéndose como una gigantesca trampilla, terminando por cerrarse cuando la astronave estaba ya en el interior.

—¡Vamos fuera!

—¿Tú crees? —inquirió Jim con un gesto de terror.

—¡Naturalmente! Cuanto antes nos enfrentemos con la realidad, mejor será.

Y, dando el ejemplo, pulsó el botón que abría la compuerta, haciendo aparecer la escala. Descendió por ella con paso firme, la cabeza erguida, dispuesto a demostrar que el miedo había desertado definitivamente de él.

Jim le siguió, mucho menos seguro en sí mismo que su amigo.

La estancia, o el hangar, era de dimensiones colosales y la astronave no ocupaba más que una pequeña porción. Al fondo, una escalinata y al pie de ella... ¡Hombres!

—Hombres... —musitó Olaf, emocionado.

—Hombres... —repitió Jim.

A medida que se acercaban a ellos se dieron cuenta de que nada les diferenciaba entre sí y de que parecían extrañamente iguales. Todos ellos iban vestidos con «monos» amarillentos y esperaban, al pie de la

escalinata, la llegada de los «visitantes».

No iban armados, al menos aparentemente.

Ya cerca de ellos Olaf y Jim se detuvieron y el primero, con una sonrisa, pero con voz firme:

—¡Hola! —dijo.

—¡Hola! —repuso uno de ellos.

Su voz era suave, pero tenía algo de metálica, y Olaf miró intensamente al que había hablado, sospechando que no se tratase de un robot de apariencia humana.

Pero, no.

Las venas, a través de la piel, eran naturales y todo daba indudable sensación de vida en aquella criatura.

Se tranquilizó.

—Buena sorpresa al vernos, ¿verdad?

El otro enarcó las cejas.

—¿Sorpresa? ¿Qué es eso?

—¿No sentís alegría al vernos?

—¿Alegría?

Olaf estuvo a punto de soltar una gorda, completamente convencido de que aquel tipo le estaba tomando el pelo; pero algo le detuvo: la sinceridad que se reflejaba en los rasgos del otro.

—Somos hombres como vosotros —dijo.

—¿Musculares?

Olaf frunció el entrecejo.

—¿Musculares? ¿Qué es eso?

—Eso es…

Pero se detuvo, quedando completamente inmóvil; después, con voz automática:

—Viene un interpretativo... El sabe.

En efecto, la puerta al final de la escalinata se abrió, dando paso a un hombre delgado, con una cabeza grande, amplia frente, que descendió los escalones hasta detenerse ante los dos astronautas.

—Se os saluda.

—Gracias... ¿Sabes quiénes somos?

—Sí. Venís del espacio. ¿A qué clase pertenecéis?

—¿Qué quieres decir?

Pero el otro los contemplaba con un cierto estupor.

—¿Nos viene ningún psíquico con vosotros?

—Venimos solos.

—Bien. ¿Por qué habéis venido? ¿Qué queréis?

—¿Nosotros? Salimos de aquí hace mucho tiempo... — sonrió, pensando en la cara que pondría aquel hombre si dijese la verdad: dos mil años—. Y hemos regresado. Eso es todo. Es decir, venimos de muy lejos: de Alfa de Centauro.

—¡Ah!

Y se quedó casi como los otros.

—Tendréis que venir a hablar con los psíquicos... Sólo ellos lo comprenden todo.

—¿Tú no?

—Yo no soy más que un interpretativo.

—¿Y éstos? —inquirió Olaf.

Hubo un gesto de desprecio en el rostro delgado del interpretativo.

—Son musculares.

Y después de una pausa:

—¿Vamos?

—Bien.

Le siguieron, subiendo la escalinata hasta pasar la puerta, tras la que descubrieron un vestíbulo, donde uno de los ascensores les llevó a uno de los pisos altos del edificio.

Pasillos, salones semivacíos, pasillos, más pasillos.

Al final una puerta que, como las otras, se abría electrónicamente. Y detrás una especie de laboratorio —al menos así les pareció a los dos astronautas —, un laboratorio que se reducía a tres colosales aparatos, cuyos tubos y vasos coincidían en tres recipientes... ¡cada uno de los cuales contenía una especie de monstruoso feto humano!

Las cabezas de aquellas criaturas eran enormes, diez veces más grandes que los cuerpos, bañados éstos en un líquido acaramelado, que guardaba cierto parecido con el amniótico...

—He aquí a los psíquicos.

Tenían los ojos cerrados, caídos los gruesos párpados, bajo las tremendas frentes. Y los líquidos que los envolvían les prestaban un aspecto de seres subacuáticos, de pesadilla.

—¿Los... qué? —inquirió Jim pálido de horror.

—Los psíquicos. Ellos mandan, ellos saben, ellos comprenden...

Vieron entonces los astronautas los hilos que coincidían en una especie de auricular que estaban pegados a las orejas de los monstruos.

Y una voz sonó:

—Sabemos quiénes sois, amigos... Salisteis en el 2158 de la Tierra, impulsados por un aparato a fotones... Habéis regresado ahora... dos mil años después.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabemos todo.

¿Qué monstruo de aquellos tres contestaba? ¿O eran los tres al mismo tiempo?

—Bien —repuso Olaf—. Ya estamos aquí. Traemos muchos datos...

—Están siendo estudiados... Los musculares han desmontado vuestro aparato.

—¿Y qué pensáis hacer con nosotros?

Hubo un largo silencio.

—Sois una mezcla indigna de nuestras clases; pero, por fortuna, os acercáis más a los musculares que a ninguno...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que os encontraremos un puesto de trabajo... Y no soñéis... Aquí, en la Tierra ya no quedan mujeres.

—¿Eh?

Hubo una pausa.

—Fueron eliminadas hace casi mil años.

—¿Entonces...?

—Hemos logrado la síntesis de la vida.

Los dos hombres se estremecieron de horror.

CAPÍTULO III

La voz de los psíquicos les dijo también que ya les llamarían para que les informasen de todo lo que habían visto durante su viaje estelar.

—Por el momento —agregó— iréis destinados a fa sección de clasificación.

Los dos hombres salieron de aquella extraña estancia con una sensación de asombro que no les abandonaría fácilmente. Y cuando estuvieron lo bastante alejados, precedidos por uno de los interpretativos, pudieron empezar a hablar en voz baja.

Entre ellos.

—¿Qué te parece? —inquirió Jim.

—Que hemos ido a parar al peor de los manicomios.

—Quizá no comprendemos aún esta civilización.

Olaf sonrió.

—Desde luego —dijo con una triste mueca —, tienes toda la razón, ya que ni comprendemos ni comprenderemos jamás esto; pero, sin saber aún nada, en el centro de esta bendita ignorancia nuestra, puedo prever que todo lo que iremos viendo nos demostrará que lo que nos rodea no es más que locura. ¿Oíste lo de las mujeres?

Jim frunció el entrecejo.

—Sí.

—Eso significa que se han rebelado contra los principios sagrados que gobernaron siempre la vida... Esos mismos monstruos, los psíquicos, encerrados en esos locales, con su aspecto de embriones... ¡Es horrible!

—Pero todo esto tiene que tener una explicación.

—La peor de todas.

—¿Qué quieres decir?

—Que no debes buscar una explicación honesta a todo esto. El hombre creyó siempre llevar la verdad consigo y hasta se atrevió a fabricarla a su modo... ¿Recuerdas las criaturas azules del planeta V?

—¿Aquellos monstruos?

—Sí. No estuvimos más que pocos minutos en la superficie de aquel mundo, que nos sorprendió por lo que ya sabes; pero, después de observar con el telescopio de a bordo aquellas criaturas y comparándolas hoy con los psíquicos... prefiero aquéllos.

—¡No digas estupideces, Olaf!

—No son estupideces, Carter... Puedes decir que aquellas criaturas poseían seis brazos y que, además de la cabeza que parecía normal, poseían otra gigantesca,, como una giba sobre sus delgados hombros; pero, a pesar de todo, ¿quién puede afirmar que aquélla no era su forma normal? Por el contrario, nosotros nos hemos encontrado con seres que, a pesar de su apariencia humana, no son hombres.

—¿Qué son entonces?

—Concediéndoles mucho, humanoides, Jim.

—No puedo creerlo. Fuera de esos repugnantes psíquicos, los demás con los que nos hemos encontrado poseen nuestro aspecto y nada tienen de humanoides. Son humanos, amigo mío.

—Ya lo veremos.

Apretaron el paso para disimular la distancia entre ellos y el que les precedía, llegando poco después a una rampa por la que descendieron hasta penetrar, por último, en una vasta estancia, de forma rectangular, muy alargada y donde se veían mesas paralelas, que dejaban entre ellas estrechos pasillos ocupados por hombres.

Unas cintas sin fin corrían sobre las mesas.

—¿Qué es eso? —inquirió Olaf, dirigiéndose al interpretativo.

—La sección de clasificación.

—¿Qué se clasifica aquí?

—Semillas que serán después llevadas a los baños hidropónicos.

—¡Que me aspen si lo entiendo!

El interpretativo le miró con curiosidad.

—Sois extraños —dijo.

—¿Por qué?

—Porque ninguno de los que aquí están, pertenecientes todos a la casta de los asociativos, se preocupa de otra cosa que de su trabajo... ¡Vamos, que tenéis que empezar!

Y les guió por aquel complicado sistema de pasillos hasta dejarlos ante una de las mesas, por las que desfilaban, a una velocidad formidable, las semillas, separadas entre sí por minúsculos espacios, no mayores de un centímetro en la mayoría de los casos.

El interpretativo desapareció.

Un asociativo, que debía hacer de capataz, se acercó a ellos, mostrándoles las semillas.

—Hay dos clases —dijo—, que se diferencian por el tamaño...

Cogió velozmente dos de ellas y se las mostró.

—Estas —explicó— deben ser vertidas en el canal central: son las más grades. Las otras, las más pequeñas, pueden ir a cualquiera de los dos canales laterales. Podéis empezar.

Y desapareció.

Los dos amigos se miraron.

—No habrá otro remedio —suspiró Olaf—. Está visto que en este mundo al que hemos llegado hay que trabajar en lo que mandan. ¿Ensayamos?

—De acuerdo.

Y empezaron a trabajar. Se dieron cuenta inmediatamente de que aquello era muchísimo más difícil de lo que habían pensado.

Mirando a los otros, en las mesas vecinas, vieron volar materialmente los dedos, que parecían barrer, a una velocidad vertiginosa, las semillas que pasaban y que quedaban instantáneamente clasificadas, sin el menor error.

Pero los dedos de los dos amigos no eran capaces de aquella celeridad y el resultado fue catastrófico, hasta tal punto que la cinta sin fin se detuvo, al mismo tiempo que un timbre de alarma sonaba insistentemente.

El «capataz» se acercó a ellos, furibundo.

—¿Qué habéis hecho? ¡No hay más que errores!

—Hemos hecho lo posible —repuso Jim — , pero no estamos acostumbrados.

—¿A... costumbrados? ¿Quiénes sois?

Y miró a los dos jóvenes como si no diese crédito a sus ojos.

Indudablemente algo debía pasar para que aquel hombre no comprendiese el fallo de los dos amigos.

—Es la primera vez que suena el timbre —dijo con voz sorda.

Olaf estaba ya montando en sus grandes caballos. Y se soltó.

—¿Y qué quiere decir eso, amigo mío? ¿Que nunca falláis? ¿Qué nos importa a nosotros?

—¡Traidor! — rugió el otro.

Hamilton no le dejó terminar, descargando su puño contra el rostro del capataz, que cayó de espaldas, en una postura cómica.

Automáticamente toda la estancia detuvo su trabajo.

—Creo que vamos a pasarlo mal —susurró Jim, poniéndose en guardia.

Pero la súbita entrada de una docena de hombres armados de porras pareció para los asociativos la llegada del mismísimo demonio.

—¡Los coordinadores! —gritó uno de ellos.

Los recién llegados repartieron unos cuantos palos y el trabajo se reanudó a toda velocidad. Pero cuando llegaron ante los dos amigos se les quedaron mirando.

—¿A qué casta pertenecéis? —inquirió uno de ellos.

—A ninguna.

—Son los que llegaron en el astronavío —explicó otro.

El que parecía el jefe les miró fijamente.

—Está bien. Seguidme.

Atravesaron nuevas estancias, descendiendo después por una larguísima rampa. Un olor a medicinas llegó hasta ellos, cada vez más intensamente. Cuando se detuvieron ante una entrada dos hombres con batas blancas les salieron al encuentro.

El coordinador-jefe dijo:

—Son éstos.

Uno de los dos de blanco asintió con la cabeza.

—Está bien. Nos los quedamos.

—¡Alto ahí! —gritó Olaf—. ¿Por quién nos han tomado ustedes? ¿Qué diablos se han creído? ¿Que van a poder llevarnos de un lado a otro como si fuésemos muñecos?

Los coordinadores levantaron las porras.

—Sigan a los doctores O;..

Jim cogió el brazo de su amigo y en voz baja dijo:

—Vamos, Olaf.

Momentos después penetraban en lo que parecía la antesala de un quirófano. Los dos doctores iban detrás de ellos y les indicaron sendos sillones.

—Siéntense, por favor.

Hubo un largo y penoso silencio.

—¿Puede saberse por qué nos han traído aquí? —inquirió Olaf, molesto por el prolongado mutismo de los otros.

—Van a ser incorporados a la sociedad. Por eso están aquí.

—No lo entiendo.

El médico sonrió.

—Ustedes son «hombres primitivos», criaturas integrales que constituirían un peligro en nuestra sociedad actual. Ya han visto que estamos organizados por castas especiales.

—¿Ya eso le llaman ustedes avance? Antes de nuestros tiempos las castas significaban primitivismo arbitrario, carencia de ideales sociales.

La sonrisa se acentuó en los delgados labios de su interlocutor.

—Muestras castas no son hijas de ia casualidad histórica, como eran las que usted conoció... Nosotros hemos logrado crear la sociedad perfecta, para lo que no hemos tenido más que limitarnos a imitar a ciertas especies de animales, hoy desaparecidas.

—¿Qué animales?

—Las abejas y las hormigas, sobre todo estas últimas. Durante muchos

siglos el hombre se maravilló de la perfecta ordenación de estas sociedades de insectos. Se preguntaba la esencia de ellas, el modo de hacer para lograr tal perfección.

—¡Eso es una barbaridad! Yo no soy ningún sabio y comprendo que esos animales se regían de tal manera por su misma calidad animal, por su carencia de alma.

—El alma no tiene nada que ver en todo esto.

—¡Es lo que usted cree!

—Y estoy seguro. Lo que le ocurría al hombre, antes del advenimiento de esta sociedad de ahora, era que dominaba, por encima de todo, su individualismo; la sociedad era eso; una reunión heterogénea de individuos.

—¿Y ahora no lo es?

—En cierto modo no. Las hormigas eran como un cuerpo cuyas células estuviesen en libertad, pero conservasen sus misiones específicas: así había los obreros, encargados solamente del trabajo; los soldados, que cuidaban del orden y la protección de la comunidad; los técnicos; los almacenistas y, finalmente, la reina, cuyo papel se limitaba a la puesta de huevos que aseguraba la supervivencia de la especie.

—¡Muy bonito!

—Más de lo que usted cree. Nosotros, al imitar esa clase de sociedades, no hemos hecho más que encontrar la perfección que hemos andado buscando desde hace miles de años.

—¿Y lo han logrado?

—Por completo.

—¡No me haga reír! ¡Una sociedad donde, para empezar, no hay ni mujeres!

—No las necesitamos. ¿Las necesitaban las hormigas?

—Estas tenían una reina.

—También nosotros la tenemos — repuso el médico con un gesto de triunfo. Después agregó—: Sígannos, por favor. Nada importa que lo vean todo antes de que se conviertan en seres normales.

Los dos amigos se miraron. Aquello de «seres normales» no les había agradado en absoluto.

Siguieron no obstante, a los médicos, que les precedieron a través de un complicado sistema de pasillos, ascendiendo después por una rampa —en el interior de aquella fabulosa ciudad parecía no haber escaleras—, hasta detenerse junto a una baranda, a la que los médicos les invitaron a asomarse.

Una exclamación de estupor brotó de los labios de los dos astronautas.

Bajo ellos, como una caldera tremenda, un recipiente de cristal de colosales dimensiones estaba repleto, casi hasta los bordes, de un líquido rojizo en zonas, amarillento en otras, en el que flotaba una substancia blancuzca.

—¿Qué es eso? —preguntó Jim con un gesto de horror.

—La reina.

—¿Y ese líquido?

—Plasma, casi sangre.

Jim se retiró de la baranda con un gesto de repugnancia.

—¡Es espantoso!

—Nada tiene de eso, amigo mío —dijo el doctor—. Es, por el contrario, la cosa más maravillosa que pueden contemplar ojos humanos. Vengan abajo.

Descendieron por una' rampa, desembocando junto al muro de cristal, a través del cual se veía hervir aquella horrible substancia. Jim se estremeció al pensar en lo que ocurriría si aquel recipiente se rompiese en aquellos momentos.

—¿No hay más que plasma en ese líquido? —inquirió Olaf.

—No. El plasma es la sustancia nutritiva, necesaria para la conservación de los cien mil billones de óvulos humanos que se conservan ahí dentro.

—¿Cien mil billones? ¿De dónde proceden?

—De un millar, aproximadamente, que se colocó ahí hace mil años... Es decir, además de los cien mil billones que hay dentro, la reina ha

dado, durante este último milenio, una suma miles de veces mayor... que se ha ido convirtiendo en la población de la Tierra.

Jim tenía la frente perlada de sudor frío.

—¿Entonces... —inquirió con voz sorda— todos los seres que viven en la Tierra en estos momentos proceden de... ese recipiente?

—Eso es — repuso el médico —. Nosotros somos de ellos.

Jim miró a su interlocutor con horror.

—¡Todo eso es la anormalidad más espantosa que jamás vi!

—La reina nos proporciona una media de cuatrocientos mil individuos por día, que es la cifra que generalmente necesitamos.

—¿Y ya nacen los individuos divididos en castas? —inquirió Olaf, con una sonrisa burlona.

—No — repuso seriamente el otro —. Hagan el favor de seguirme y verán otras cosas.

Siguieron el camino a lo largo de los tubos de cristal que llevaban los óvulos maduros hacia otra estancia. Y penetraron en ella.

Unos doscientos hombres, todos ellos con batas blancas y guantes de goma, llevando además unas mascarillas protectoras, estaban inclinados sobre unos canales donde se vertía el líquido que provenía de la reina.

Todos ellos tenían un potente microscopio junto a ellos, por el que miraban incesantemente, moviendo rápidamente los mandos de la colosal platina, que estaba casi totalmente hundida en el canal por el que el líquido circulaba.

—¿Qué hacen esos hombres?

El médico sonrió.

—Están fabricando la Humanidad.

Los dos amigos se estremecieron.

—Bajo los tubos del microscopio —siguió diciendo el médico— circulan los óvulos maduros, ya activados por los rayos, que envuelven los tubos a la salida de la reina. Esos hombres manejan las palancas de

los sistemas de microcirugía que operan velocísimamente sobre las células femeninas, determinando ya la clase de individuo que habrá de producirse.

—¡Son ustedes unos seres monstruosos!

—¿Por qué?

—¿No se dan cuenta de que tuercen el destino de las criaturas, imponiéndoles uno que, seguramente, si pudiesen consultárselo, no sería de su agrado? ¡El hombre ha de nacer libre!

—Eso responde a unas ideas que, afortunadamente, desaparecieron de la Tierra hace mil años.

Olaf frunció el entrecejo.

—¿Y qué pasó con los otros?

—¿Con quién?

—Con los demás. Porque supongo que esta descabellada idea tuvo sus detractores, sus oponentes...

—¿Se refiere a los africanos?

—¿Qué es eso?

—Los grupos prehistóricos que viven en el antiguo continente. Los psíquicos les concedieron, hace mucho tiempo, aquella parte de la Tierra para poder estudiar las diferencias de ia evolución de la sociedad sobre la de aquellos bárbaros.

Los ojos de Jim brillaron de alegría.

—¿Entonces hay todavía hombres normales en el Globo?

¿Seres como nosotros? ¿Gente de la que desea que la vida sea como siempre?

El doctor dijo despectivamente:

—¡Si a eso llama usted normalidad!

Olaf se acercó.

—¿Y por qué no nos envía con ellos?

—No puede ser. Ustedes saben demasiado y, por otra parte, les hemos prohibido la salida al espacio, cosa que ellos desearían hacer si ustedes estuviesen allá.

Olaf dijo:

—Veo que ustedes les mandan…

Asintió el doctor.

—Ciertamente. El hombre primitivo es siempre un peligro. Nuestras armas más modernas apuntan hacía las costas y ellos saben que la menor desobediencia les costaría la vida a todos.

Jim preguntó:

—¿Y qué van a hacer con nosotros?

—Nada importante y que deba producirles miedo: vamos a convertirles en dos individuos útiles para la sociedad… Les iría muy bien la casta de coordinadores, dado su Aspecto físico y ciertos detalles de su mente que he podido apreciar. Será una intervención sencilla y rápida…, sin lesiones cerebrales nada importantes.

Los dos muchachos iban palideciendo a medida que las palabras del médico llegaban hasta ellos. El otro médico escuchaba en silencio.

De repente, Olaf lanzó el grito:

—¡Ocúpate del otro, Jim!

Y se lanzó, furiosamente, sobre el doctor que tenía al lado.

CAPÍTULO IV

Alan Spencer cerró los puños. Todos los demás jóvenes, reunidos en el salón de gobierno, en la ciudad de Nueva Esperanza, fundada sobre lo que, dos mil años antes, había sido la Ciudad del Cabo, miraron hacia él, pendientes de sus palabras.

—Es inútil, amigos míos — dijo Spencer—, que intentemos

escondernos a la realidad. Las fotografías obtenidas desde nuestro observatorio del Kilimanjaro demuestran, de una manera indudable, que el objeto visto hace tres noches era una astronave.

—Pero —dijo Pietro Zirconni, interrumpiendo el silencio que se hizo después— ¿una astronave de qué clase? «Ellos», como ya sabemos, no han lanzado ninguna al espacio.

Alan asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. Además ese modelo de astronave es primitivísimo, de los primeros tiempos de la astronáutica. ¿Qué dices a eso, Velacourt?

Henri Velacourt, historiador del grupo, se frotó el mentón, antes de decir:

—Veréis... Todos vosotros sabéis que, por desgracia, no tenemos sobrados documentos sobre esa época a la que me parece pertenece la astronave...

—¿A qué época?

—A la de hace, aproximadamente, dos mil años. Ese tipo de astrocohetes, dotado de los primeros motores a fotones que se hicieron por entonces, debió de fabricarse por los años dos mil ciento y pico.

—¿Y es posible que se haya conservado tanto tiempo?

Era André Fournier, el artista del grupo y, por ende, el más despistado de todos, alejado de la técnica como si se tratase del mismísimo infierno.

Le contestó Fred Morrison, el físico.

—Si se ha mantenido en el espacio, puede conservarse indefinidamente.

—¿Y sus tripulantes? Porque no iréis a hacerme creer que también proceden del siglo veintiuno, ¿verdad?

Alan frunció el entrecejo.

—Ése es el problema. André... Si esa gente ha navegado, sin cesar, con su aparato, bien puede tratarse de hombres de aquella época, ya que se movieron, gracias a la velocidad de la astronave, fuera del tiempo.

—¿Hombres de dos mil años?

—¿Y por qué no? —terció Pietro, el matemático —. Alan dice la verdad y todos sabemos, aunque sea de una manera teórica, que eso es perfectamente posible.

—Así es —dijo Alan —, pero no es eso lo que nos ha reunido. El problema importante para nosotros es saber si esa gente ha caído en poder de «ellos» o, por el contrario, podemos recuperarlos...

—¿Para qué?

—Para poder realizar nuestro más gigantesco sueño...: ¡escapar de la Tierra! Estamos aquí, condenados por el mandato de esos monstruos, que nada tienen que ver con la especie humana, desde hace cerca de mil años... Condenados y controlados, sin poder dar a nuestra gente las oportunidades que merecen.

«Destruyeron la raza humana, fabricando esa especie de monstruos que Dios confunda. Y si nos toleran es para estudiar el avance de su fatal sociedad, comparándola con la nuestra... ¡Como si nosotros fuésemos libres! Cada vez que hemos intentado hacer algo, ellos nos han amenazado, obligándonos a destruir y olvidar...

—¿Y crees que esos.», astronautas nos hubiesen ayudado?

—¡Naturalmente! Ellos son como nosotros, gente normal que nada tienen que ver con las criaturas fatídicas que «ellos» fabrican... Esos hombres hubiesen comprendido nuestros problemas, nuestras angustias, como si fuesen las suyas. Porque, después de todo, somos jus descendientes, lo quieran o no.

—¿Y si «ellos» hubieran sabido que los teníamos con nosotros?

—Ya nos hubiésemos arreglado para ocultarlos. Lo importante es que esa gente nos hubiese hablado del espacio de algún lugar seguro, ya que han viajado fuera del Sistema Solar... ¡Ellos nos hubiesen señalado una nueva patria!

Hubo un silencio.

—Ya sabéis todos que hemos tenido ocasión de escapar, aunque las astronaves que hemos calculado y casi construido no son más que descabellados proyectos, ya que no podemos ensayarlas, por miedo a que «ellos» se percaten y las destruyan..., como otras veces ocurrió. Pero esos astronautas, convencidos de la bondad de nuestras intenciones, nos hubieran asesorado, dándonos infinidad de detalles prácticos que nos hubiesen permitido lanzarnos, sin previo aviso, al

espacio.

—¿Todos?

—Todos. No podemos dejar aquí ni una sola criatura, ya que la venganza de los humanoides caería sobre ellos. Ya sé que se trata de montar algunos millares de astronaves, pero nos sobran brazos, materiales y entusiasmo. Lo que necesitamos es saber.

—Todo eso son quimeras —susurró André.

—¿Porqué?

—Porque, desdichadamente, esos astronautas estarán ya en poder de los humanoides...

Hubo un larguísimo silencio.

—Hay que hacer algo —dijo Alan —. Justamente, como otras veces. Pietro ha de ir a New York para plantear unos problemas matemáticos a esos monstruos encerrados en frascos.

»Ya sabéis que se ofrecieron a ello y que cada vez que vamos a consultarles parecen regocijarse de lo que para ellos debe ser crasa ignorancia... ¿No es así, Zirconni?

Pietro asintió, sonriendo.

—Es formidable, pero jamás fallaron... Hasta cuando nuestros cerebros electrónicos nos dieron soluciones imposibles, esos monstruos lograron resolver problemas ante los que las máquinas se manifestaron incapaces... Sí, iré a verlos.

—Pero esta vez te acompañaré yo —dijo Alan—. Ya sabes que todos los que lo hicieron, las pocas veces que fuiste, pudieron visitar libremente la ciudad, trayendo información de la vida de los humanoides... Esta vez quiero ser yo el que se mueva por allí, pero con el solo y exclusivo objetivo de encontrar a esos hombres.

—¿Y si los encuentras? —inquirió Fournier.

—Haré lo imposible por instarlos a escapar. Es difícil, lo sé, pero no imposible. «Ellos» ya han debido sacarles todo el jugo.

—¿Qué quieres decir?

—Que los psíquicos les habrán interrogado largamente y lo sabrán ya

todo. Además, con toda seguridad, habrán estudiado y analizado lo que esos astronautas traían en su astrocohete. ¿No os dais cuenta que esta ocasión es la única que se nos presenta? Tenemos astronaves construidas, en secreto, y bien ocultas. Pero faltan detalles importantes antes de decidirse a escapar de la Tierra… No podemos jugar con el porvenir de lo que queda de la especie humana…

—Todo eso es muy razonable — dijo Velacourt el historiador—, pero hemos de obrar con cuidado, Alan… El menor error nos puede ser fatal.

—Ya lo sé. Lo primero es encontrar a esos hermanos nuestros…, hermanos del pasado, si queréis, pero hermanos al fin. Ellos habrán sido desagradablemente sorprendidos por lo que han hallado en la Tierra y estarán justamente desesperados.

»Porque para cualquier criatura normal, para cualquier hombre, lo que se ha hecho con la raza humana, en loor a una divinización de la ciencia, no puede ser considerado más que como una monstruosidad horrenda.

—¿Cuándo saldremos entonces? —inquirió Pietro.

—Dentro de unos días. Prepara varios problemas, de manera que tengas entretenidos a aquellos cuatro monstruos el mayor tiempo posible. Voy a necesitarlo todo para poder buscar a esos hombres.

—¿Y si no estuviesen en New York?

Alan miró, un tanto irritado, a André, que parecía dispuesto a poner solamente dificultades a los proyectos de los demás.

Pero Spencer le conocía y sonrió, al contestarle:

—No digas sandeces, amigo mío. ¿Dónde quieres que se encuentre algo que interese a los psíquicos, si éstos no se han movido jamás, ni pueden moverse, de New York?

* * *

El ataque contra los dos doctores fue tan rápido como eficiente. Y los dos médicos se desplomaron sin conocimiento, a los pies de sus

agresores.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Jim, que había obedecido al otro sin conocer sus propósitos.

—Irnos... ¡Vamos!

Volvió sobre sus pasos, escalando rápidamente las rampas que conducían al laboratorio. Una vez allí, con una memoria topográfica notable, encontró la salida, precipitándose hacia el dédalo de pasillos y rampas que los condujeron, en una rapidísima marcha, a bastante distancia de donde habían dejado a sus maltrechos enemigos.

—Es una locura... —musitó Carter.

—¿Una locura? ¿El qué?

—Haber hecho lo que hemos hecho. Nos cogerán...

—Todavía no nos han cogido. Además ¿te importa tan poco convertirte en uno de esos seres mutilados mentalmente para todo el resto de la vida?

—¡Qué preguntas haces!

—Pues por eso mismo. La vida no tiene, para nosotros, en estos momentos, una gran importancia. Sabemos que lo que nos proponemos es dificilísimo; pero, de todas formas, hay que intentar salir de ese maldito infierno.

—¿Cómo?

—Ya lo veremos. Lo importante es no encontrarnos con ningún interpretativo. Parece ser que son los únicos que pueden «casi» pensar por sí mismos.

—¿Y los otros?

—No son más que dóciles e ignorantes muñecos... robots de carne y hueso. No será difícil engañarlos.

—¿Y cómo conoceremos a los interpretativos?

—Me creo capaz de hacerlo. ¿No te has dado cuenta de que son los únicos que poseen una frente ancha?

—Sí, es verdad; pero... ¿y si esos dos médicos dan la alarma?

—Tardarán aún en hacerlo. Y es justamente ese precioso tiempo el que tenemos que aprovechar. ¡Vamos!

Corrieron, atravesando muchas estancias ocupadas por equipos de hombres silenciosos, entregados profundamente a sus tareas, y que no hicieron caso alguno de su presencia y su paso.

—¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—Del estado de esta pobre gente. No son más que autómatas, Jim.,. Y ése era el destino que nos esperaba en aquel laboratorio.

—¿Y ésos que el doctor llamó africanos?

—¡Es mi esperanza, Jim, nuestra esperanza! Unirnos a esos hombres normales, vivan como vivan, aunque sea de la manera más primitiva que se pueda imaginar, será para nosotros mucho mejor que convertirnos en meros muñecos...

Habían ¡do ascendiendo por rampas, cambiando de dirección con frecuencia, de manera a despistar a sus posibles perseguidores. Hasta que, de repente, se encontraron ante una puerta que, al abrirse, les hizo desembocar en una terraza inmensa, en lo alto de un rascacielos tremendo.

Olaf fue el primero en verlos.

—¡Aviones!

Así era, en efecto.

Había tres, de forma curiosa, con alas exageradamente en «delta», alargados, completamente pintados de negro.

—¡Es nuestra salvación!

—Pero...

Sin dejar de avanzar rápidamente, Hamilton se volvió ligeramente hacia su amigo.

—¿Qué temes, Jim?

—Que no sepamos manejarlos.

—¿Por qué no? No creo que hayan inventado algo tan distinto a lo que nosotros conocemos. Serán diferentes, es verdad; pero saldremos con ellos.

Habían corrido, atravesando la terraza, cuando un grupo de hombres se interpuso.

Al verlos, Jim palideció:

Eran musculares-tipo, de anchísimas espaldas y brazos sólidos. Iban, como los primeros que habían visto al llegar a la Tierra, vestidos con lo que debía ser su uniforme general; un moho amarillo y zapatos de deporte.

—¿Dónde van? —inquirió uno de ellos, que parecía el jefe.

Olaf dudó unos segundos.

¿Qué actitud tomar ante aquellos humanoides? ¿Sabían ya quiénes eran ellos dos?

—¡Vamos a los aviones! ¡Fuera! —se decidió a gritar.

Y avanzó sin miedo, directamente, hacia ellos.

Indudablemente, los musculares debían de estar acostumbrados a aquel trato, porque retrocedieron, abriéndose para dejar paso a los dos astronautas; pero, al mismo tiempo, Hamilton se dio cuenta de que aquella manera que había utilizado para dominarlos no debía ser la correcta.

De todas formas, no había otra disyuntiva.

Cuando estuvo cerca del aparato y todavía con los nervios en tensión, se volvió súbitamente hacia los musculares-tipo.

—¿Está preparado éste? —inquirió.

El muscular que había hablado antes asintió con un gesto, diciendo luego:

—Todo está preparado.

Los dos amigos penetraron en el avión.

El interior era de grandes comodidades y estaba dotado de infinidad de aparatos, muchos de los cuales desconocían por completo. Sin

embargo, los mandos, aunque de formas curiosas, seguían teniendo una cierta semejanza con lo que ellos conocían.

Olaf se sentó ante los mandos.

—Creo que lo hemos conseguido…, ¿no te parece?

—No lo sé, Olaf… ¿Recuerdas cómo cazaron nuestra astronave? Lo harán igual con este aparato.

El otro sonrió.

—No lo creas… Entonces nosotros ignorábamos muchas cosas. Ahora, amigo mío, cuando sabemos lo que nos espera en esta maldita ciudad y que podemos justificar el jugarnos la vida, vamos a darles unas cuantas lecciones de arrojo.

Sin perder el tiempo, mientras hablaba, había manejado precavidamente los mandos, logrando, poco después, que el aparato se pusiese en marcha.

—¿Preparado?

—Cuando quieras.

Olaf pulsó el botón de despegue…

El aparato dio un respingo y salió disparado, como una flecha. Olaf le dejó elevarse, pero no le concedió mucho tiempo, inclinándolo, poco después, hasta hacerle sobrevolar los edificios, de una manera impresionante, en un vuelo a ras de azoteas.

—¿Quieres que nos estrellemos?

Hamilton sonrió.

—No; pero tampoco quiero que nos cacen como lo hicieron cuando estábamos con la astronave… He pensado en que debieron hacerlo con «brazos magnéticos» que detuvieron nuestros motores y nos arrastraron, completamente indefensos… ¡Ahora no ocurrirá así!

—Ya lo sé.

—¿Por qué?

—Porque ya tenemos media docena de aviones detrás de nosotros… Han debido de dar la alarma.

Olaf se volvió para comprobar lo que su amigo decía. Los aparatos negros, como el que él pilotaba, se precipitaron vertiginosamente tras él.

CAPÍTULO V

Nos siguen siempre?

Jim sonrió.

—¡Vaya pregunta! Ahora son diez más.

—Mira si llevamos armas.

Carter examinó detalladamente el interior de la cabina, acercándose después a su amigo.

—Nada.

—Eso es peor. Si ellos van armados, vamos a pasarlo bastante mal.

—¿Hacia dónde te diriges?

Olaf contestó:

—Hasta ahora me mantengo dentro de esta asquerosa ciudad, rozando como ves las casas, para evitar lo que sabes; pero, de todos modos, me orienté, desde el principio, hacia el Sur.

—¿Al Sur?

—Sí. Quiero ir hacia México, el México antiguo, y torcer después hacia el Este. Ya sabes que nuestra tabla de salvación es África.

—Por desgracia, no llegaremos.

—¡No seas pájaro de mal agüero!

Y al cabo de unos instantes, exclamó:

—¡Mira!

Jim se adelanto, pegando el rostro al guardabrisas.

—¡La ciudad se termina! ¡Veo campo!

—Pero qué campo… Sin árboles, sin plantas…, parece un desierto… ¡Y que esto sea la América que nosotros conocimos!

—Ellos ya no necesitan de la tierra, Olaf. Tienen sus cultivos hidropónicos que les proporcionan lo suficiente para alimentar a todos esos asquerosos humanoides.

—¡Que el diablo se los lleve!

—¡Cuidado, se acercan!

En efecto, los aparatos que les perseguían habían aumentado notablemente la velocidad y se acercaban ya. El primero estaba ya a una distancia que no debía de ser superior a los trescientos metros.

—¿Por qué no disparará ya ese idiota?

—No lo sé.

—¿Sabes que es posible que tampoco lleve armas?

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué? Después de todo, ¿para qué quieren ellos armas? No tienen ningún enemigo. No irás a decirme que temen una revolución en su sociedad de monigotes de carne y huesos.

—No te hagas demasiadas ilusiones.

—Mira a ver lo que hacen, Jim…

Obedeció Carter, fijándose en la maniobra que estaba realizando la formación que les seguía.

Sólo el aparato más adelantado seguía en su trayectoria. Los otros, describiendo un movimiento de ala, se habían adelantado ligeramente.

—¡Nos quieren rodear!

—Ya me lo imaginaba… ¡Lástima que este aparato no sea un poco más rápido que el de ellos! —Y después de una breve pausa añadió—: ¿No ves una cadena de montañas?

—Sí.

—Tengo una idea…

Jim esperó, pacientemente. Hasta que el otro preguntó:

—¿Recuerdas lo que hacíamos con los viejos reactores, Jim? Eran nuestros primeros tiempos de la Escuela de Astronáutica. ¿Lo has olvidado?

—No, pero no sé a qué te refieres.

—Era en las carreras y, sobre todo, en las maniobras de persecución.

Los ojos de Jim se iluminaron intensamente.

—¿Recuerdas ahora? —inquirió el otro, al ver el cambio de expresión que había experimentado el rostro de su amigo.

—¡Sí! Hacíamos un divertículo en las toberas, creando una cámara de contención; luego, repentinamente…

—¡La soltábamos! ¿Quieres ver si es posible? Vamos a dar una lección a estos monigotes.

—¡De mil amores!

Carter se puso a trabajar, pasando a la cámara de la caldera atómica, que encontró muy perfeccionada, en relación a lo que él había conocido; pero, a pesar de los positivos adelantos conseguidos en aquel tiempo, el sistema seguía siendo parecidísimo.

Trabajó arduamente durante cinco minutos; después volvió junto a su amigo.

—¡Ya está! —anunció con voz vibrante.

—Veremos si estos malditos nos dan tiempo… ¡Fíjate en ellos!

Los aviones laterales les habían adelantado positivamente y el círculo se iba cerrando de una manera implacable.

—¡Si podemos acercarnos un poco más a las montañas! ¿Has hecho el divertículo?

—Sí. Las dos toberas de la derecha están inclinadas hacia abajo, con un ángulo de noventa grados…

—Bien: Voy a aumentar la velocidad al máximo que me dejen las toberas de la izquierda. Acumularemos gases en las otras.

—¿Recuerdas el peligro que corremos?

—Sí, viejo amigo, lo recuerdo —sonreía tristemente, repasando aquellas locuras de juventud, que tan deliciosa huella habían dejado en su espíritu años atrás.

El tremendo peligro que corrían, al querer forzar la marcha normal de las toberas, reteniendo en dos de ellas la presión de las pilas laterales, era el de provocar una explosión interna que deshiciera el avión, desintegrándolo en el aire.

Cada vez que habían empleado aquel «truco» en el pasado, haciendo temblar a sus condiscípulos y profesores, habían recibido por parte de éstos broncas verdaderamente colosales.

Pero ahora todo era distinto.

Olaf vio con satisfacción que la cadena de montañas se acercaba ya rápidamente. Y se dirigió directamente hacia ellas, haciendo que los enemigos que intentaban envolverle cambiasen de táctica, colocándose detrás de él, en varios planos, seguros de que al llegar ante la pared rocosa tendría que tomar una determinación, terminando completamente rodeado por ellos.

Hamilton sonrió.

Los otros le rodeaban materialmente, dejando muy poco espacio entre ellos y marchando junto a él.

Fue entonces cuando la voz de la radio sonó por vez primera.

—¡Estáis irremisiblemente perdidos! ¡Entregaos!

—¡Busca el micrófono, Jim!

—Está aquí al lado…

—Bien. ¿Qué esperas para contestar a esos señores?

Carter sonrió y acercándose al aparato, preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Coordinadores.

—¿Cuáles son vuestras órdenes?

—Devolveros a la ciudad.

—¿Vivos... o muertos?

—Vivos.

Jim lanzó una carcajada.

—¡ Pues adelante, amiguitos! ¡Aquí estamos!

La pared de piedra, casi un corte vertical de más de mil metros de altura, parecía precipitarse hacia ellos.

—Oye, Olaf.

—¿Qué quieres?

—Vas a perder lastimosamente el tiempo sí piensas meter miedo a esos humanoides.

—Ya lo sé. Ignoran la importancia de la vida, porque, en realidad, no viven, vegetan...

—¿Entonces...?

—Espera unos segundos... Ya estamos...

El muro ocupaba ya la totalidad del horizonte visible. Parecía imposible que ninguno de los aparatos que se precipitaban ciegamente sobre él pudiese escapar al horrendo choque.

Olaf, contó, mentalmente.

«Tres, cuatro... cinco... seis... siete...»

Su mano oprimió el cierre de las toberas normales y su otra mano el paso de las que Jim había modificado.

«...ocho... nueve... ¡diez!»

Una doble maniobra, al tiempo que gritaba:

—¡Agárrate bien, Jim!

Este ya lo había hecho.

Cuando el avión estaba a medio centenar de metros del muro, el cambio de propulsión, brusco, le hizo cambiar de trayectoria, proyectándole ciegamente hacia el cielo, a una velocidad horrible, que hizo gemir su estructura de morro a cola como si fuese de papel.

La energía contenida todo aquel tiempo en el seno de las toberas inclinadas, cuya salida había sido obturada, proporcionó un impulso tan formidable que el avión desapareció de las narices de sus perseguidores, como si se hubiese esfumado, volviéndose invisible.

Para los perseguidores, aquella inesperada maniobra fue fatal, ya que ninguno de ellos pudo imitarla.

Hubo algunos que lo intentaron, pero todo fue en vano.

La aceleración y la inercia de movimiento se impusieron, no pudiendo realizarse ninguna clase de frenaje. Y, uno tras otro, como bólidos ciegos, terminaron por estrellarse contra el muro, deshaciéndose materialmente.

Desde mucho más arriba, ya nivelado el aparato, Hamilton lanzaba gritos de triunfo:

—¡Míralos, Jim! ¡Se han hecho trizas! ¡Ya ves que dos viejos pilotos, de hace dos milenios, están todavía en condiciones de demostrar a los humanoides que el hombre sabe lo que se hace!

Después de una pausa exclamó:

—Y, ahora... ¡rumbo a África! Quiero volver a ver, mientras pueda, seres como nosotros.

* * *

El avión estaba dispuesto a despegar y Alan daba las últimas instrucciones a André, al que dejaba al cargo de todo, seguro de que a pesar de su carácter bromista, era un hombre de una gran capacidad de trabajo.

—Te deseo mucha suerte, Alan.

—Gracias.

—Y espero que nos traigas a los «abuelitos», ¿eh?

—¡Eres incorregible! —rió el otro.

Iba a dirigirse hacia el avión cuando un vehículo, procedente de la Torre de Mando, se detuvo ante él, con un brusco frenazo. El hombre que lo conducía descendió prestamente, saludando a Alan.

—¿Ocurre algo? —inquirió éste.

—Un aparato se acerca al Continente, señor Spencer.

—¿Un... avión?

—Sí, del tipo de los «Negros».

—¡Qué cosa más rara! Sería la primera vez que nos visitasen... ¿Se ha establecido comunicación con él?

—Lo estamos intentando.

—Vamos.

Subió al vehículo, que André cogió casi en marcha, dirigiéndose los tres hacia la Torre. Una vez allí, se precipitaron a la sala de comunicaciones.

—¿Hay algo nuevo?

El encargado de la radio se volvió:

—Creo que no tardaremos en comunicarnos con ellos, señor.

Intervino André:

—¿Qué demonios querrán?

—Ya es raro que los humanoides se decidan a visitarnos. Será un grupo de interpretativos que vendrán a investigar algo...

—¡Podrían ahorrarse la molestia!

El técnico les llamó:

—Un momento, señor...

Se inclinaron sobre la radio.

—Creo —dijo éste— que ya podemos comunicarnos… ¿Conecto el amplificador?

—Hazlo.

Alan se acercó al micrófono y con voz clara, preguntó:

—¿Dónde desean aterrizar y quiénes son?

Tardaron unos segundos en contestar y lo hicieron preguntando a su vez:

—¿Es África?

—Sí.

—Estamos buscando el lugar donde viven los hombres…

—¿Quiénes son ustedes?

Hubo otro silencio; después:

—Les advertimos que si son asquerosos humanoides y desean engañarnos, pierden el tiempo. ¡Nos estrellaremos antes!

La alegría inundó le rostro de Alan.

—¡Bienvenidos, amigos! ¡Aquí, Alan Spencer, presidente de la República Humana de África! Todos los hombres de este continente les saludan en mi nombre.

—¿Cómo? ¿Es posible que sean… humanos?

—Como ustedes. Vimos su astronave llegar, pero no pudimos hacer, desagradablemente, nada por ayudarles.

—¿Dónde podemos aterrizar? Creo que se habrán lanzado en nuestra persecución… Ya eliminamos un buen número de aviones…

—Vamos a darles las coordenadas ahora mismo… Esperen… Me comunican que un centenar de aviones les sigue, a unas trescientas millas de distancia.

—¡Los muy perros!

—No se preocupen… Tengo un plan… Sigan las coordenadas y aterricen, continuando el camino hasta que el avión haya

desaparecido bajo tierra... Se trata de un hangar subterráneo. En cuanto estén dentro, bajen del aparato, alguien les sustituirá y hará frente a los perseguidores.

—¡No queremos que nadie pierda la vida por nosotros, señor Spencer!

Alan sonrió:

—Nadie la perderá; se lo aseguro.

—Bien.

Hubo una pausa; después, la voz del jefe de vuelos dijo:

—Ahí van las coordenadas.

Dentro del aparato, Jim tomó nota de lo que le iban dictando, comunicándoselo después a Hamilton, que modificó el rumbo, dirigiendo el aparato hacia donde le indicaban.

No tardó en ver poco después el terreno al que se habían referido las coordenadas.

—¡Aterricen! —dijo la voz de la radio.

Olaf lo hizo.

—¡Hagan avanzar el aparato hacia el túnel!

Sin detener la marcha, Hamilton siguió la larguísima pista, viendo avanzar hacia él la negrura de la boca del túnel, por la que penetró con el aparato poco después.

Nada más detenerlo en el interior del túnel, que estaba profusamente iluminado, bajaron del avión, siendo recibidos por un hombre alto, de cabellos rubios, que les estrechó la mano.

—¡Bienvenidos! Me llamo O'Connor... —y volviéndose—: ¡Meted a Jack en el avión!

—Oiga —advirtió Olaf—, nos habían prometido.

El otro sonrió.

—Ya lo sé. Mire a Jack.

Dos hombres se acercaban con un robot magnífico, que caminaba

entre ambos. Le hicieron subir a la cabina y el aparato se puso casi inmediatamente en marcha, hacia el fondo del túnel.

—Hay otra salida al otro lado —explicó O'Connor—. Vengan a la Torre y podrán ver lo que pasa.

Cuando estuvieron arriba vieron el aparato que empezaba a volar hacia el Oeste.

Fue en aquel momento cuando la negra escuadrilla surgió en el horizonte. La componían cien aparatos, que iban pegados los unos a los otros, formando una especie de nube que anunciase tormenta.

El avión se dirigió tranquilamente hacia ella.

—Lo estamos guiando por radio —explicó O'Connor—. Ellos desean apoderarse del aparato, pero van a llevarse una sorpresa.

—¿Creen que lo tripulamos nosotros?

—Evidentemente.

Volvieron a mirar al cielo: el avión del robot se iba acercando más y más a la escuadrilla.

—Deben de estar intimándoles a que se entreguen. Vamos a hacer entrar en juego el propulsor magnético.

Y dio unas órdenes, en voz alta.

Momentos después el aparato que gobernaba el hombre mecánico se lanzó como una flecha contra la escuadrilla, estallando entre los aparatos que la componían, como una estrella fugaz que se redujese a un efímero montón de chispas.

CAPÍTULO VI

Durante tres días les dejaron completamente tranquilos, en una habitación soleada, sana, alimentándolos con cosas excelentes y enviándoles revistas y libros para que, en los ratos de ocio, se diesen cuenta de todo lo que había ocurrido en la Tierra desde que ellos la

abandonaron.

Naturalmente, en aquellos dos milenios habían acontecido una multitud de hechos, pero algunos de ellos sobresalían por su carácter universal, ya que eran ellos los que habían dejado más honda huella en la Historia.

Así, en 3034, se produce la llamada Revolución Científica, aludiendo esta expresión a la liberación definitiva de los sabios que, hasta entonces, habían estado bajo las órdenes directas del Gobierno Mundial.

Los hombres de ciencia, ayudados por miles de fanáticos, que nunca vieron la salvación de la Humanidad más que en los tubos de ensayo, lograron, después de cruentas luchas, apoderarse del Norte de Europa y del Norte y Sur de América, iniciando entonces en el 3189 la Era Biológica que iba a conducir al aniquilamiento del hombre tal y como se le había considerado hasta entonces.

Durante tres siglos, la Humanidad estuvo dividida en dos partes: la controlada por los sabios, de donde jamás llegaban noticias, y el resto, arbitrariamente repartida por el mundo, prosiguiendo su desarrollo normal.

Hasta que las primeras generaciones de humanoides surgieron del seno de la reina. Poco después, un ejército de coordinadores barría a los humanos de Europa meridional y Asia, exterminándolos o empujándolos hacia África, donde llegaron muy pocos.

Los otros, los que vivían en Australia fueron destruidos completamente.

Por lo que respecta a la República Humana de África, su contingente alcanzaba por entonces los once millones de individuos, repartidos en sesenta ciudades modernas y gozando de una relativa tranquilidad, ya que los humanoides no habían vuelto a molestarles, limitándose, de vez en cuando, por orden de los psíquicos, a sobrevolar el espacio aéreo y hacer abortar todos los ensayos de vuelos interplanetarios que habían forjado los humanos.

—¿Qué te parece? —inquirió Jim.

—¡Pobre Humanidad! Aunque todo esto era de temer.

—¿Sí?

—Claro. No habrás olvidado la importancia primerísima que había obtenido la ciencia, convirtiéndose en una especie de religión, en algo que la gente admiraba y temía.»al mismo tiempo.

—Es verdad.

—Cuando nosotros vivíamos en la Tierra, la Física seguía siendo la más adelantada de las ciencias, y nadie hubiese logrado pensar que la Biología se desarrollase de igual manera; ésa fue la fatalidad para el hombre.

—¡Es horrible!

—Porque el hombre soñó siempre, rebelde como el ángel malo, en corregir la obra del Creador... y convertirse él en creador. ¿Te das cuenta de los resultados?

—Sí.

—Un mundo donde seres inferiores, que nada tienen de humano, viven bajo el mando de unos horrendos embriones encerrados en un cuerpo artificial, de cristal.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Jim fue a abrir, encontrándose con Alan, que fe sonrió amablemente.

—Soy Alan Spencer...

—Pase, pase...

Se estrecharon las manos y Olaf dijo:

—No sabe cuánto le agradecemos todo lo que ha hecho por nosotros, señor Spencer.

—Era nuestro deber. Ustedes eran hombres y nosotros debíamos hacer lo imposible por sacarlos del poder de los humanoides.

—¡Gracias a Dios!

Alan se había sentado y encendido un cigarrillo. Los otros le imitaron.

—Ahora ya no deben temer nada. Los psíquicos están seguros que murieron al estrellarse contra la escuadrilla que les perseguía.

—¡Fue un truco fantástico!

Alan frunció el entrecejo.

—Puede parecerles paradójico, pero es ahora cuando nosotros les necesitamos a ustedes.

—¿A nosotros? —se asombró Hamilton.

—Sí. Ya han podido darse cuenta del estado del mundo y habrán de comprender que la raza humana no puede seguir. Los psíquicos, por el momento, nos toleran... Pero también pueden destruirnos el día que se les antoje. ¿No les parece que nuestro deber es sacar a la Humanidad de la Tierra?

—Evidentemente.

—Ustedes pueden ayudarnos, ya que han tenido la suerte de atravesar el espacio, que conocen como nadie...

Olaf entornó los ojos.

—Sí, conocemos el espacio.

—Y también conocerán, sin duda alguna, algún mundo en el que podamos albergar a la pobre Humanidad... un sitio nuevo, donde renacer, escapando de la tiranía de los monstruos que la ciencia creó sobre la Tierra.

—Sería posible...

—¿Verdad que sí?

—Pero no lo es...

—¿Eh?

—Hay algo de lo que nosotros deseábamos hablar a los psíquicos, cuando aún ignorábamos que ustedes existían. Después de todo, nos dijimos, son los representantes, adulterados o no, de nuestra raza, y hemos de prevenirlos.

—¿De qué?

—Escuche, Alan... Ya sabe que nosotros visitamos, exclusivamente, el Sistema de la Doble-Alfa-del-Centauro... una docena de planetas, de los que nueve poseían condiciones de relativa habitabilidad.

—¿Y no hay ninguno de ellos apto para nosotros?

—Sí, lo hay.

—¿Entonces?

—No llegaríamos jamás.

—¿Por qué? Podemos fabricar astronaves mucho más rápidas que las que ustedes utilizaron.

—Ya me lo imagino; pero no llegarían…

—¿Hay… alguna causa especial?

—Sí.

—¿Cuál? Si es que puede saberse.

—¡Naturalmente que puede saberse! Ya le dije antes que deseaba comunicarlo… No llegaríamos, porque nos encontraríamos con ellos en el camino.

—No entiendo.

—Las criaturas azules se proponían, cuando nosotros pudimos enterarnos, invadir nuestro Sistema Solar.

—¿Quiénes son?

—Monstruos, criaturas horribles, pero dotadas de una inteligencia superior.

—¿Y cómo conocen sus propósitos?

—Fue una verdadera casualidad… Nos posamos en su planeta y pudimos entender lo que decían; es decir, nos informamos de lo que pensaban.

—¿Son seres telepáticos?

—Sí.

Hubo un corto silencio durante unos segundos; después Olaf dijo:

—Ya ve usted, Spencer, que no es el momento de huir, sino por el contrario, de prepararse para la lucha.

—¿Y no saben nada los humanoides?

—Nada.

—No sé... quizá conviniese...

—¿Decírselo?

—Eso.

—¡Jamás, Spencer! ¿Pero es que no se da usted cuenta de que ésta puede ser la maravillosa oportunidad que la Humanidad ha estado esperando desde hace mil años?

—No le entiendo.

—Está muy claro. Si las criaturas azules destruyen a los humanoides, el mundo se vería libre de ellos...

—¿Serían mejor esos monstruos?

—¿Y quién dice eso? ¡Lucharíamos contra ellos! Escuche, Alan: los azules son incapaces de respirar en nuestro ambiente, ya que su mundo posee una atmósfera riquísima en nitrógeno... ¡Si lográsemos pasar desapercibidos!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que' si dejásemos que llegasen tranquilamente a la Tierra, sin que nos viesen, por el momento, y que dedicasen toda su furia a los humanoides, podríamos surgir luego, en el momento oportuno, terminando con ellos.

—Es usted muy optimista, señor Hamilton.

—Tengo una gran confianza en el hombre.

Alan sonrió.

—Tendré que someter sus curiosas ideas al Consejo. Ahora debo irme.

—Como quiera.

Alan abandonó la estancia y Jim, cuando estuvieron solos:

—¡Le has metido el resuello en el cuerpo!

—¿Y qué podía hacer? Le he hablado claro y prevenido del peligro que se les echa encima... ¡Avisar a los humanoides! Serían capaces de

vendernos a los invasores de Alfa del

Centauro.

—Lo terrible es que nos encontrarán también aquí.

—Eso es, precisamente, lo que tenemos que evitar... Aunque ya veo que ocultar a tantos millones de personas será una tarea tremenda.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Abre, Jim.

—Sí.

Carter fue a abrir, pero al hacerlo se quedó con la boca abierta. Luego, tartamudeando terriblemente:

—Un momento, por favor.

Y volvió a cerrar la puerta, corriendo hacia donde se hallaba su amigo. Este, al ver la expresión de su compañero, preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Mujeres, Olaf! ¡Mujeres!

—¡Vaya por Dios! Ya estás delirando.

—No. Te aseguro que es verdad.

—¿Has dicho mujeres?

—Sí. Hay dos en la puerta...

—Y... ¿han cambiado mucho en estos dos milenios?

—¡Qué va! Están como siempre...

—¿Y qué diablos haces aquí? ¿Has olvidado las reglas de la educación? ¡Hazlas entrar ahora mismo!

—Bien...

Momentos después las dos muchachas irrumpían en la estancia.

Eran esbeltas, rubia la una y morena la otra, maravillosamente vestidas.

—Tomen asiento, por favor —balbució Olaf, que las miraba no dando crédito a sus ojos.

Ellas se acomodaron.

—Mi amiga y yo —dijo la rubia sonriendo— somos periodistas... Ella es June Star, yo Marie Dumas...

—Nosotros somos...

—Ya lo sabemos: usted es míster Hamilton y este señor es Jim Carter.

—¿Conocían nuestros nombres, eh?

—Ya lo ve.

Olaf se frotó las manos.

—Bien, bien... ¿así que periodista, eh?

—Sí, señor.

—¿Y qué es lo que desean?

—Venimos, especialmente, para conocer detalles históricos sobre su época.

Hamilton frunció el entrecejo.

—Somos... un poco ancianos, ¿verdad? —inquirió entre molesto y curioso.

—¡No! Están ustedes perfectamente conservados... ¡Para tener más de dos mil años!

—¡Alto ahí, señorita Star! Acabamos de cumplir treinta y ésa es nuestra verdadera edad. Lo demás, lo de esos dos milenios que ustedes nos echan... tan generosamente encima, son cuestiones de la cuarta dimensión, que ni nos va ni nos viene...

Las dos sonrieron.

—Perfectamente... Ya sabemos que su verdadera edad es la que representan; pero, para nosotras, ustedes son dos verdaderos milagros, dos seres que pueden ponernos en comunicación con un pasado remotísimo.

—Eso me gusta más. ¿Qué quiere saber?

—Muchas cosas.

—Empiece.

—Lo primero, y ha de saber que representamos a la prensa femenina, es conocer la situación de la mujer en aquellos tiempos.

—¿La situación... de la mujer?

—Eso es. ¿Es verdad que estaba sometida a una especie de esclavitud por el hombre?

Olaf soltó una carcajada.

—¡Qué divertido! La mujer, amiga mía, gozaba de los mismos derechos que nosotros.

—¿Podía votar?

—¡Tanto como quisiera! Escuche, preciosa... creo que ustedes exageran al referirse a nuestra época... ¿Sabe que pertenecíamos al siglo XXI?

—Sí.

—Un siglo antes, la mujer había conseguido la libertad en todas las partes del mundo. Quedaban, eso sí, allá por los finales del siglo XX, algunos pueblos perdidos, los esquimales, los negritos, donde la civilización no se ofrecía más que como cosa material...

—Comprendo.

—Pero, en los demás países, la mujer gozaba de una libertad completa... ¡Y no le digo en el XXI!

—¿Cómo vestían las mujeres del XXI?

Olaf miró a Jim., después a las dos muchachas. Y sonrojándose un tanto:

—Un poquito menos cortas que ustedes... pero no mucho.

—¿Llevaban pendientes y collares?

—Sí.

Las dos muchachas se miraron, con un gesto de complicidad.

—¿Y el perforarse las orejas no era signo de esclavitud?

—¡No exagere, por favor, señorita Star! Ya había mujeres que no se perforaban las orejas; pero, no obstante, se colocaban pendientes.

—¿Para qué?

—Pues para agradar.

—¿Es verdad que era el hombre quien pedía a la mujer en matrimonio?

Olaf miró a su amigo, encogiéndose de hombros.

—¿Es que ustedes no lo hacen?

—No.

—¡Canastos!

Y después de una pausa preguntó;

—¿Cómo lo hacen?

—Somos nosotras las que pedimos al marido…

—¡Arrea!

—¿Se extraña usted?

—¡Muchísimo!

ella sonrió.

—Creo que la costumbre se impuso después del comienzo en la lucha contra los partidarios de los sabios. El número de hombres disminuyó de una manera alarmante.

—Comprendo… ¿Y sigue lo mismo?

—Sí.

Olaf se volvió hacia el otro.

—¿Has oído, Jim?

—Perfectamente.

—¿Y qué te parece?

Carter se encogió de hombros y sonriendo:

—Que habrá que empezar a ponerse guapo para ver si alguien nos dice algo.

Y ambos estallaron en una ruidosa carcajada.

* * *

Aemak observó atentamente la pantalla del telescopio «rádico»; después, volviéndose hacia su compañero de cabina, dijo:

—Nos estamos acercando... es el tercero...

—Ya. Es curioso que no haya vida en los demás...

—Es un sistema joven.

—Mejor que mejor; pero antes de ocuparlo hemos de destruir todo lo que, pronto o tarde, pudiese molestarnos.

Eso es.

—Ya ves que el «rádico» nos da indicios de inteligencia en el Tercer Mundo. A él debemos, pues, dirigir nuestros primeros esfuerzos.

—Bien.

Y siguieron observando la pantalla.

Poco a poco, la coloración fue haciéndose mayor y una serie de bandas, de intensidad variable, la cruzó de un lado a otro.

—El grado de inteligencia no es despreciable...

—No. Ya lo veo.

—Tendremos que lanzarnos sobre ellos inesperadamente.

—No lo sé. Quizá fuese mejor someterlos primero al análisis de las

sidero-ondas... ellas pueden precisarnos la cantidad de seres verdaderamente inteligentes.

—¿Son comestibles?

Aemak movió cuatro de los seis brazos.

—Ya sabes que sí... Su composición es, aproximadamente, como la nuestra: suma de ácidos animados, con menos riqueza en nitrógenos que nuestras propias proteínas. Ellos tienen más oxígeno.

—Deben de respirarlo.

—Seguramente.

Aemak se volvió, mirando hacia atrás, por la ventanilla de la poderosa astronave. Las otras, en número de mil, seguían en dócil formación por la negrura del espacio.

Plutón, la frontera del Sistema Solar, había quedado muy atrás.

CAPÍTULO VII

Se detuvo Olaf ante un escaparate elegante y contempló, con una sonrisa en los labios, el modelo de sombrero- casco que allí se exhibía.

—¡Fíjate, Jim!

Su amigo se acercó.

—¿Qué es eso?

—Léelo... «Sombrero-casco, último modelo, dotado de emisor-transmisor, de un retentor-musical con trescientas interpretaciones diferentes, modulables a voluntad...» ¿Qué te parece?

—Que la mujer sigue tan complicada como siempre.

—Y tan adorable como siempre.

Sonrieron.

—¿Dónde nos esperan?

—Un poco más abajo. Creo que, como en todos los siglos, tendremos que esperar un… poquito.

Descendieron y penetraron en un establecimiento, donde tomaron asiento ante unas mesitas dotadas de todos los adelantos.

—¿Has dejado en la casa nota de dónde podrían encontrarnos?

—Sí. Si Alan quiere vernos, nos encontrará en seguida.

—Hace ya una semana que no le vemos.

—Debe estar muy ocupado. Desde que le hablé de las criaturas azules no ha parado de estar nervioso.

Hubo una pausa.

—No sé —dijo Jim, rompiendo el silencio—, pero es posible que aquellos seres de Alfa de Centauro lo hayan pensado mejor y no vengan hacia acá.

—No seas iluso… ¿Es que has olvidado todo lo que vimos? Pueden tardar más o menos, eso depende de mil causas que no podemos ni comprender; pero sus propósitos de invadir el Sistema Solar eran evidentes. Lo que va a ser difícil será el hacerles frente…

—¿Por qué?

—Porque, por desgracia para nosotros, van a encontrarse ante un mundo dividido: un planeta en el que el mando reside en las cabezotas de cuatro embriones encerrados en sendos frascos…

—¿Crees que los humanoides no están armados para una guerra?

Olaf se encogió de hombros.

—Indudablemente, deben de poseer algunas armas, como nos demostraron al detener nuestra astronave en el aire; pero ¿qué puede significar eso frente a los medios que tengan las criaturas azules? ¿Recuerdas sus enormes cabezas, aquellas frentes descomunales por las que se pasaban, de vez en cuando, algunos pares de manos?

—Era horrible.

—Puedes estar seguro de que poseen procedimientos tremendos, armas formidables, ya que no se atreverían a salir de su Sistema, en masa, si no estuviesen seguros de poder vencer cualquier contingencia

que se les oponga.

Hubo un corto silencio.

—¿Y qué actitud tomarías tú, si te hallases en el lugar de Alan y los suyos?

—No lo sé —repuso Hamilton —. Desconozco también lo que estos hombres poseen. Han hablado de astronaves, de proyectos de huida, pero no mencionaron arma alguna, aunque creo que los humanoides no les hubieran dejado poseerlas.

—¡Estamos arreglados!

—Ya veremos cómo se les arreglan. Nosotros ya hemos cumplido con nuestro deber al prevenirles, dándoles una oportunidad de defenderse... Aunque, francamente, yo creía que Alan iba a tener más confianza en nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que, de la misma manera que iba a consultarnos, en el caso de haber sido posible la escapada fuera de la Tierra, debía haber contado con nosotros, comunicándonos los proyectos de defensa que tenía...

—Por el momento —dijo Jim, con una sonrisa en los labios—, creo que haríamos mejor en preocuparnos de esas dos preciosidades que se acercan a nosotros.

Olaf vio a las dos muchachas, levantándose, al mismo tiempo que su amigo, para ofrecerles asiento.

—Buenas tardes —saludó.

Tomaron todos asientos, intercalándose; Olaf al lado de June y Jim al lado de Marie.

—¿Les hemos hecho esperar mucho? —preguntó esta última.

—¡Oh, no! —protestó Jim — . Acabamos de llegar.

—Nosotras hemos tenido que preparar el trabajo para los redactores auxiliares... ¿Lo pasan bien?

Olaf se encogió de hombros.

—Así, así...

June se volvió hacia él:

—¿Es verdad eso de que vamos a ser invadidos por seres de fuera del Sistema?

Los dos amigos se miraron rápidamente; después, Olaf preguntó:

—¿Quién se dedica a fabricar esa clase de bulos?

Fueron ellas las que se miraron; luego June inquirió:

—¿No saben nada... de verdad?

—¿Nosotros? ¿Por qué íbamos a saberlo?

—Han dado órdenes concretas. Las poblaciones deben empezar a trasladarse, lo más rápidamente posible, a los refugios subterráneos que fueron construidos hace muchísimo tiempo. La vida de superficie va a prohibirse dentro de poco...

—¿Y eso quiere decir que vamos a ser invadidos?

—Todo el mundo lo dice,

Hamilton miró fijamente a June.

Era, en efecto, una criatura deliciosa; pero, al mismo tiempo, Olaf hubiese querido habérsela encontrado en otras condiciones. Después miró, rápidamente, a su amigo, haciéndole comprender, con un gesto, que no debía decir nada.

—¡Menuda noticia, eh, amiguita!

—No es mala; pero —dijo ella — , preferiría no tenerla.

—¿Miedo?

Ella abrió los ojos intensamente.

—¿No lo tiene usted?

—No.

Las pupilas de la muchacha brillaron de admiración; después, mirando a Jim, preguntó;

—¿Tampoco lo tiene usted?

—¿Yo? No.

June suspiró, profundamente.

—Deben de ser ustedes dos los únicos hombres que hoy no tienen miedo en la República. Nosotras ya nos hemos podido dar cuenta del nerviosismo que reina por doquier… Y lo comprendemos.

—¿Por qué?

—¿Es que no se dan ustedes cuenta de la calidad del peligro que se nos avecina? No estamos en disposición de defendernos.

—¿Por qué no?

—Porque somos muy pocos… y que jamás, desde que yo tengo uso de razón, recuerdo que se haya fabricado una sola arma.

Los dos amigos cruzaron una mirada de inteligencia.

—¿Se percatan, ahora, de que estamos indefensos, completamente atados de pies y manos, ante cualquier Invasión, sea ésta del tipo que fuere?

Olaf se percató de que debía contribuir a calmar los nervios de aquellas muchachas:

—No habrá invasión —afirmó rotundamente.

—¡Usted qué sabe!

—¿Quién puede saberlo mejor que nosotros? —arguyó Jim, que había comprendido perfectamente las intenciones de su amigo—. Hace muy poco que hemos vuelto del espacio y hubiésemos visto algo.

June se volvió a su compañera:

—Después de todo —dijo—, creo que tienen razón. ¿No es verdad, Marte?

Iba la otra a contestar cuando un hombre se acercó a la mesita que ocupaban,

—¿El señor Hamilton, por favor?

—Soy yo.

—Me envía Alan, señor Hamilton. Desea que roe acompañe.

—¿El sólo? —Intervino Carter.

—Sí, él solo.

Olaf se volvió a su amigo y Se dijo:

—Puedes esperarme aquí. Si acaso se hiciese muy tarde, acompañas a las señoritas y vuelves a nuestro apartamento. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Y ustedes dos, perdonen...

Ellas le sonrieron simpáticamente.

—Vamos, amigo —dijo Hamilton.

Salió, precedido por el desconocido, subiendo a un vehículo que les esperaba en el aparcamiento vecino. El hombre se sentó ante los mandos y momentos después se elevaban rápidamente, atravesando parte de la ciudad, para terminar posándose en la terraza de un alto edificio.

—Haga el favor.

Olaf siguió al otro, hasta que éste se detuvo ante una puerta a la que llamó con rápidos golpes. Cuando la puerta se abrió, el desconocido se hizo a un lado, dejando entrar primero a Hamilton, que sonrió a Alan, que se encontraba en la sala.

—¿Quieres que me marche? —inquirió el que había acompañado al joven.

—No. Quédate. Voy a presentarles... Este es el señor Hamilton, uno de los astronautas, y éste es el señor Pietro Zirconni, nuestro matemático oficial.

Se estrecharon la mano los dos hombres. Después, tras unos momentos de silencio, Alan, que parecía buscar trabajosamente la manera de iniciar la conversación, sonrió, no logrando más que una inexpresiva mueca.

—Hemos de irnos, señor Hamilton.

Olaf encarcó las cejas.

—¿Irnos?

—Sí. Hemos sopesado todo lo que puede ocurrir y llegado a la conclusión de que no podemos defender la Tierra nosotros solos.

—¿Y bien?

—Desdichadamente, tendremos que pedir ayuda a los humanoides.

Hamilton tamborileó en la mesa que les separaba.

—¿Cree usted que no podríamos defendernos por nosotros mismos?

Spencer denegó con la cabeza; después, con voz opaca, dijo:

—No, no podríamos hacer nada. No tenemos armas...

—¿Y las astronaves?

—¿Qué haríamos con ellas, sin armas, si desconocemos la ciase de armamento que ellos tendrán?

—Pero las armas pueden fabricarse rápidamente.

—Sí, ya lo sabemos; pero, de todas formas, nunca llegaríamos a tiempo. En cambio, los humanoides poseen, indudablemente, medios mucho más avanzados de los que nosotros podríamos proveernos en el corto espacio de tiempo que puede quedarnos hasta el momento de la invasión.

Hubo una pausa.

—¿Y cree que los humanoides van a creer lo de la invasión?

—Sí. Poseen métodos para que se den cuenta de que usted no miente.

—¿Yo? ¿Qué vengo yo a hacer en todo esto?

—Ya se lo dije antes, Hamilton: vendrá conmigo.

Olaf sonrió tristemente.

—¿Va a entregarme a los psíquicos? ¿Ignora que deseaban convertirnos a mi amigo y a mí en una pareja de coordinadores?

—No lo harán ahora. Desearán conocer los detalles de esa invasión y todos los informes que usted puede proporcionarles sobre esas

criaturas azules.

Hamilton se encogió de hombros.

—Me es igual… Pero, francamente, yo no esperaba ser entregado a esos monstruos.

La voz de Alan se veló.

—No sabe cuánto lo siento, pero es necesario…

—Está bien; pero, de todos modos, exijo una condición.

—Usted dirá.

—Que ya que consideran necesario que yo vaya con usted a presentarme a los psíquicos, mi amigo Carter no sea molestado en modo alguno.

—Prometido.

—Entonces, estoy a su disposición.

—Gracias.

Alan se había levantado.

—Voy a salir para prepararlo todo. Ustedes pueden esperar aquí…

Cuando Spencer hubo salido, Zirconni invitó a fumar al atribulado Hamilton.

—Yo también lamento que se tenga que hacer eso; pero no hay remedio.

—No lo crea… Ustedes son una raza inteligente, que puede luchar perfectamente contra esos seres… ¿Qué vamos a lograr haciendo que sean los humanoides los que defiendan el planeta? Para ustedes significará que la dependencia continuará, que ellos seguirán siendo los dueños… ¡Habrán desperdiciado la única oportunidad que han tenido de hacer que el Globo estuviese habitado por verdaderos seres humanos!

—¡Pero los invasores nos aplastarían! ¡Seríamos vencidos!

—¿Por qué? Una lucha es siempre peligrosa, pero los pueblos consiguieron luchando lo que jamás se les hubiese otorgado de buen

grado: la libertad. Y ustedes no poseen libertad alguna.

—Hombre, nosotros...

—Ustedes, y esto lo saben perfectamente, no son más que un ensayo de los psíquicos. Toda esta República Humana no es más que una colección de seres que están siendo estudiados por ellos... Y nadie conoce las intenciones de esos embriones monstruosos, que pueden llevar a conclusiones fatales para todos ustedes, si las necesidades del experimento lo imponen.

—Eso es verdad.

—¡Naturalmente que lo es! Pero —una sonrisa' amarga entreabrió ligeramente los labios de Olaf—, desdichadamente, me equivoqué.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que siempre creí, desde que oí hablar de ustedes, que la Humanidad seguía poseyendo aquel maravilloso impulso de libertad que siempre la animó. Yo me hice la idea de que ustedes eran un grupo de seres dispuestos a defender, fuese como fuese, la integridad de una Humanidad, cuyos básicos principios habían sido atacados por la ceguera científica de unos seres monstruosos.

—Es usted muy duro con nosotros, señor Hamilton.

—Porque me da rabia ver la pasividad con que dejan pasar esta maravillosa oportunidad. Escuche lo que voy a decirle, señor Zirconni... Los humanoides no están en condiciones de defender nada. Y serán vencidos por las criaturas azules.

—¡No es posible!

—Ya lo verá. Ningún pueblo esclavo fue capaz nunca de defenderse... ¿Y qué son esos pobres humanoides, esos interpretativos, esos asociadores, esos coordinadores y esos musculares? ¿Qué son, amigo mío?

—Seres especialmente concebidos.

—¡No lo crea! No son criaturas... son autómatas, seres limitados, por la horrible intervención quirúrgica que sufren antes de nacer... Todos ellos han sido profundamente mutilados en la parte más noble de su organismo: el cerebro. Así, los interpretativos, que son los más elevados, no pueden más que estudiar ciertas cosas, los asociadores

son matemáticos especialistas, los coordinadores son policías que no conocen más que un sentido de existencia: el de su limitado deber. Y los musculares no son más que cuerpos animados, bestias en las que se ha procurado un desarrollo corpóreo que pueda ser suficiente para las tareas para las que han sido creados.

Pietro le escuchaba atentamente.

—¿Y cree usted que esas criaturas, sin sentido de raza, de pueblo, ni siquiera de individuo, defenderán algo?

—Morirán sin queja.

—¿Y eso qué? ¡Morir! ¡Claro que morirán! Pero no lucharán como se debe hacerlo. Obrarán ciegamente, pendientes siempre de las instrucciones de los psíquicos, únicos en poder conocer el fondo de las cosas... Y las criaturas azules no les darán tiempo para nada. Porque ellas saben por qué luchan y lo que se juegan si pierden la batalla.

Hubo un corto silencio.

—Escuche, Zirconni... Voy a darle una carta para mi amigo... Y se la voy a leer a usted... Si de algo sirven mis consejos, mejor que mejor...

CAPÍTULO VIII

Aemak sonrió.

En la pantalla interpretativa, las bandas coloreadas iban sucediéndose, formando curiosos dibujos. Al lado de Aemak, Tilomak estudiaba también las coloreadas tonalidades de las curvas.

—Hay cuatro potencias intelectuales superiores —dijo el primero.

—Sí, ya lo veo —repuso Aemak—. El resto es más bien mediocre y hay una gran masa amorfa, de individuos que carecen de volición propia.

Hubo un silencio.

Moviendo sus tres paires de brazos, Aemak fue a sentarse en uno de los cómodos sillones de la cabina.

—Aumentaremos la cantidad de nitrógeno ambiente... Realizaremos

una síntesis brutal en la atmósfera de ese mundo y lograremos que la mayor parte de las criaturas que lo habitan mueran inmediatamente. El resto será fácil.

—¿Qué puede durar esa supernitrogenación atmosférica?

—Un día de ese mundo… Lo suficiente para eliminar la vida que nos molesta.

Y después de una pausa dijo:

—Ya sabes que todas nuestras armas son químicas. Ellos pueden poseer otras, de tipo distinto y que podían dañarnos. Por eso es mejor eliminarlos antes de que nuestras astronaves se posen sobre su suelo.

—¿Y cuando estemos allí…?

—Estudiaremos la composición de la flora de bacterias de ese planeta. Es casi indudable que existen microorganismos nitrogenizantes… No tendremos más que impulsar su desarrollo al máximo para conseguir que el nitrógeno llegue a existir en la atmósfera en la cantidad suficiente para permitirnos la vida.

—Comprendo.

—Es curioso, sin embargo, que el número de inteligencias superiores sea tan pequeño en ese planeta… Porque el número de sus habitantes es verdaderamente escalofriante… ¡Están mucho más poblados que nosotros!

—Deben reproducirse con facilidad.

—Eso será…

Una señal roja, que acababa de encenderse, cortó la conversación.

—Estamos ya en la órbita del Tercer Mundo de este Sistema.

—¿Doy alguna orden?

—Sí. Di que proyecten los sintetizadores sobre la atmósfera y que produzcan nitrógeno en gran cantidad. No importa que se gasten nuestras reservas de catalizadores… Con una sesión tendremos bastante.

—Ahora mismo.

Y cuando Tilomak hubo salido, Aemak se incorporó, penosamente, yendo hasta el visor directo, por el que echó una ojeada al planeta azulado que flotaba en el espacio.

Y sonrió, seguro del triunfo.

* * *

¡Otra vez aquellas rampas y aquellos pasillos de la ciudad horrenda de los humanoides!

Un interpretativo les precedía, habiéndolos recogido de la plataforma en la que, momentos antes, había aterrizado el aparato pilotado por Alan.

No habían cambiado más que algunos intrascendentes motivos fútiles durante el viaje. Olaf prefería reservarse todo lo que hubiese podido decir, ya que comprendía la inutilidad de convencer a alguien que, como Spencer, creía tener toda la razón.

Cuando penetraron en la especie de laboratorio donde estaban los frascos que contenían a los psíquicos, el joven experimentó la misma desagradable sensación que se apoderó de él la primera vez.

—¿Qué queréis?

Alan explicó, a su manera, la llegada de los astronautas a África. Mintió cuanto pudo, pero lo disimuló bastante bien. Después, sin detenerse en detalles, habló a los psíquicos de lo que Olaf había dicho respecto a las criaturas azules.

Hamilton guardaba silencio.

Por primera vez, ésta mucho más tranquilo que la anterior, pudo contemplar a placer el interior de los bocales, estremeciéndose de horror a la vista de aquellas monstruosas criaturas, que flotaban en aquel líquido amarillento, con los ojos semicerrados, sus amplias frentes lisas y sus pequeños cuerpos, que parecían un diminuto apéndice de sus colosales cabezas.

Del cuerpo pendían, inútiles y atrofiados, los brazos y las piernas que jamás servirían más que para recordar, muy vagamente, el origen

humano de aquellas escalofriantes criaturas.

—Está bien — dijo el altavoz, que debía transmitir las ideas de aquellos seres—. Puedes regresar a África, Alan. El se queda aquí.

—Muy bien.

Y Spencer salió, sin atreverse a mirar al otro, como si sintiese la vergüenza de haber entregado a un hombre que siempre había confiado en él.

Al quedarse sólo, Olaf miró a los embriones.

Hubo un largo y prolongado silencio; después, la voz áspera del altavoz lo desgarró, bruscamente, al decir:

—¿Estás seguro de los deseos de invasión de esas criaturas azules?

—Completamente.

—¿Cómo son?

—Seres, de tipo vagamente humano, que poseen multitud de extremidades superiores...

—Eso habla de un desarrollo técnico-manual intenso...

—Seguro.

—¿A qué crees que se debe su color azulado?

—A la pobreza de oxígeno en su sangre... Están constantemente cianóticos.

—Sí... eso debe ser... ¿Viste sus astronaves?

—Sí.

—¿Cómo eran?

—Ovoides, con un extremo prolongado en la popa.

—Seguro que utilizarán una propulsión puramente química... Todo en ellos parece, por lo que nos dices, condensarse en un aspecto químico... ¿Desconoces sus armas preferidas?

—No conozco ninguna. Mi amigo y yo permanecimos muy poco

tiempo en aquel planeta.

—Ya...

El silencio se prolongó y Hamilton creyó llegado el momento de salir definitivamente de dudas.

—¿Cuáles son vuestros verdaderos proyectos para lo que queda de Humanidad?

—¿Qué importancia puede tener ahora eso?

—Mucha...

La idea, un proyecto loco, arriesgado, suicida, acababa de surgir de lo hondo de su mente.

¡Y estaba completamente decidido a hacerlo!

Por eso esperó, pacientemente, que los psíquicos contestaran concretamente a sus preguntas.

—Es curioso —dijo el altavoz— que hables de Humanidad al referirte a los seres que pueblan el África... La Humanidad está aquí.

—¡Esto no es Humanidad!

—¿Cómo?

—¡Naturalmente! Si hay alguien que se acerque a la idea concreta de lo humano sois vosotros cuatro, únicos seres de esta ciudad que poseen el libre arbitrio y la totalidad de sus facultades...

—¿Qué quieres decir?

—Que los otros no son más que autómatas, «robots» de carne y hueso.

—Tienen bastante.

—¡No! ¡Nadie puede violar el alma humana ni limitar los poderes del entendimiento!

—Todo eso son bobadas. ¿Cuándo estuvo el mundo mejor que ahora? Hace mil años, nuestros predecesores en esta maravillosa idea sentaron los principios que habían de hacer de la Humanidad un algo perfecto, digno de ser, un día, la dueña absoluta del Universo.

—¡Sueños! ¡Quimeras!

—Realidades. El hombre ha tropezado, desde siempre, con un obstáculo, que fue inatacable...

—¿Cuál?

—El mismo. Cuanto más diferenciada estaba la individualidad humana, más difícil era gobernar a los hombres, ti egoísmo, el egocentrismo, la ambición particular... ¿Cómo podía construirse algo duradero con un barro tan débil?

»Por eso se concibió una nueva Humanidad, una Humanidad en la que se borrasen, para siempre, todos los defectos que llevaba implícita la individualidad. Al anular ésta, podíamos empezar a entrever un futuro lleno de prosperidad, de paz, un avance positivo hacia el futuro.

Olaf sonrió, con profundo desprecio.

—¿Y quién se aprovecha de esas maravillas?

—Todos.

Hamilton lanzó una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De lo que acabáis de decir. ¿Cómo queréis que ellos se aprovechen si llevan una vida puramente vegetativa, si son incapaces de alegrarse de los triunfos y de entristecerse de los fracasos? ¿Cómo queréis que ellos gocen de cuanto hacen, si les habéis arrancado las fibras de la sensibilidad y no son más que autómatas?

—¿Y eso qué importa? Todo ha sido sacrificado en aras de la comunidad; que es lo que importa. La Humanidad, construida con las bases que nosotros le hemos dado, está llamada a hacerse la dueña de todo...

—¡Vosotros seréis los dueños! Aunque no os envidio nada... Porque, ¿qué alicientes podéis tener, encerrados ahí?

—Eres un ser despreciable —fue la respuesta —, incapaz de intuir el goce puro que nosotros experimentamos.

—Es posible que sea todo lo que decís, pero prefiero ser eso, un ser humano, de mentalidad limitada, pero consciente, con deseos, voliciones, alegrías y tristezas... ¡Y no quiero que la Humanidad se

convierta en lo que vosotros estáis haciendo! ¡Porque nadie, nadie, tiene derecho a torcer el camino de lo creado!

»Si la ceguera y el espíritu de sumisión de Alan me ha hecho claudicar, no ha sido su culpa… del todo. Mil años de sumisión es un tiempo demasiado largo, aunque yo creía que la idea de libertad no podría morir jamás en el corazón de los hombres.

—¿Qué intentas decir?

—Que no estoy dispuesto a entregar a la Humanidad en vuestras manos… Y me refiero a la verdadera Humanidad, a la dueña de la Tierra, a la que fue creada para ocupar este mundo.

La voz del altavoz se hizo colérica.

—¿Y qué puedes tú, miserable gusano, contra nuestro poder?

—Más de lo que pensáis.

Sus manos se apoderaron de la silla donde había estado sentado brevemente Alan. Y sin pensar, ciego de rabia, se lanzó contra los frascos, golpeándolos con toda su fuerza.

—¡¡¡NO!!!

La voz del megáfono murió casi en seguida.

Destrozados, los bocales dejaron escapar el líquido amarillento y, después, las masas repugnantes de aquellos seres embrionarios, que cayeron al suelo, sacudidos por estremecimientos agónicos.

Olaf, con la silla en la mano, los contempló, con horror indecible.

Acababa de percatarse de lo que había hecho y temía pensar en las consecuencias que de ello podían resultar. No conociendo la clase de conexiones que existían entre los psíquicos y el resto de los humanoides, no podía calibrar lo que podía producirse al haber eliminado a los embriones.

Permaneció largo tiempo en el laboratorio, aplastado por el efecto y la responsabilidad de lo que acababa de hacer. Luego, cuando se disponía a abandonar aquellos lugares, varias pantallas se encendieron en las paredes, donde estaban tan magníficamente disimuladas que Olaf no había sospechado siquiera su existencia.

Los rostros de cuatro interpretativos aparecieron, uno en cada una. H

—¡Naves extrañas están acercándose a nuestra atmósfera!

—¿Qué hacemos?

Los otros dos dieron una información más amplia y Olaf, allá en medio, junto a lo bocales destrozados y los embriones inertes, no supo qué hacer, ignorando si los interpretativos le estaban viendo, aunque se percató, poco después, de que no ocurría así.

¿Qué decirles y cómo hacerlo? ¿Dónde estaría el procedimiento para responder a las preguntas que aquellos humanoides estaban formulando?

Mirando hacia los cuerpos inmóviles de los psíquicos, Hamilton vio los finos cables que terminaban sobre sus cabezas. Allí estaba, indudablemente, el único medio de comunicación entre e! cerebro y el resto de aquella falsa Humanidad.

Y él no podía hacer nada.

Finalmente, las pantallas se apagaron y todo volvió al silencio recogido de antes; pero, para el joven, aquel silencio podía significar el final, ya que los interpretativos, irían personalmente a enterarse de lo que pasaba.

La idea de la huida se abrió rápido camino en su mente.

Pero, cuando iba a salir, el megáfono se dejó oír, soltando una voz débil, entrecortada, como la de ser en agonía.

—¡Tenías razón!

Olaf se estremeció de pies a cabeza.

—¿Quién habla? —inquirió no sin que su voz temblase.

—Tenías... razón... — repitió la voz del megáfono— la

Tierra está siendo atacada... ¿Por qué nos has destruido?

La última frase hizo que Hamilton se volviese hacia los psíquicos, acercándose a ellos y viendo que uno, el que parecía el más pequeño, latía aún, como una pequeña bestia desnuda.

Olaf sintió un malestar indefinible; pero, sobreponiéndose, dijo:

—Os destruí por haber desvirtuado la trayectoria de la Humanidad,

por haber querido suplantar algo creado por una anomalía que no tiene absolutamente nada de humana.

Hubo una larga pausa.

—Yo comprendo... tu punto de vista... Es posible que nos hayamos equivocado.

Olaf se animó.

—¡Claro que os habéis equivocado! Y si quieres convencerte, piensa en los millones de seres que, como muñecos, esperan tus órdenes para combatir un peligro que ni siquiera comprenden.

»¿Qué les importa a ellos que la Tierra sea atacada...? ¿Son acaso hijos de la Tierra? No y tú bien lo sabes... Vosotros arrancasteis, al sacarlos de la reina, todo lo que tenían de humano, desposeyéndolos de virtudes y defectos que pertenecían al hombre.

»Sin recuerdos, sin idea de familia ni de clan, sin ni siquiera un esbozo de personalidad, de individualidad... ¿cómo quieres que defiendan la Tierra? Todas tus esperanzas, si es que tú mismo eres humano, deben dirigirse, en estos momentos, a los que en África no fueron más que juguete para vuestras diabólicas elucubraciones.

»Fíjate bien que yo mismo, después de todo, estoy defendiendo algo que ya no me pertenece... puesto que debía estar muerto. Pero si fuera posible resucitar — y lo que me ha ocurrido a mí es algo parecido —, cualquier hombre, hubiese sido dichoso o desgraciado en la vida, cogería las armas para defender la Tierra contra cualquier peligro exterior.

»Porque esa Tierra, la que fue amable u hostil, ¿qué importa ahora eso?, es la Tierra de sus hijos, de los hijos de éstos... Y ningún padre desearía que sus descendientes se convirtiesen en esclavos de seres procedentes de otro Sistema Solar...

Había hablado con una vehemencia extraordinaria, enrojeciendo por la pasión que ponía en sus palabras.

Y el psíquico, después de unos instantes:

—Tienes razón...

—Y si la tengo... ¿vas a ayudar a lo que queda de la Humanidad?

—¿Crees que puedo?

—Sí. Yo os he destruido porque erais la causa de todo lo que odié al volver al planeta; pero, en el fondo, no dejo de admiraros, porque reconozco que jamás volverá a haber en el mundo inteligencias como las vuestras... aunque desde mi punto de vista sea eso una suerte para todos nosotros.

Hubo un silencio.

—Bien... Nosotros habíamos pensado en la posibilidad de un ataque cósmico, en efecto. Era algo que estábamos seguros de que se produciría, aunque no sospechábamos que iba a ser tan pronto...

—¿Y qué?

—Preparamos un arma eficaz para derrotar a todos los que pretendiesen destruir lo que habíamos hecho.

—Bien...

—Esa arma está muy cerca de ti, en un armario empotrado junto a la segunda pantalla... Nadie conoce su existencia, porque incluso los hombres que la hicieron y que la transportaron aquí, fueron desmemorializados científicamente.

Olaf hizo una mueca.

—Comprendo.

—Se trata de una especie de rifle, en cuyo interior hay seis mil cargas de rayos cósmicos. Un gatillo, junto a una rueda numerada, controla la salida de las cargas, que ha de hacerse en línea recta, ya que los rayos cósmicos no siguen leyes balísticas de ninguna clase.

—¿Qué más?

—Cada carga equivale, al estallar contra el objetivo, a la explosión de un billón de toneladas de trinitrotolueno...

—¡Es enorme!

—Sí. Un hombre con esa arma en las manos podía convertirse en el dueño del mundo... ¿Te das cuenta de ello?

Olaf sonrió.

—Perfectamente, pero no pases cuidado… Mis ambiciones son muchísimo más pequeñas.

La voz parecía triste al decir:

—Lo sé. Voy conociéndote, en estos momentos, mejor de lo que tú te imaginas…

—¿Es posible?

—Sí… Pero, por desgracia, ya es demasiado tarde… No eres como los hombres que pueblan la República Humana de África, ni mucho menos… Estos, seguramente por la influencia que hemos ejercido sobre ellos, han perdido ese espíritu rebelde, de lucha, que a ti te rebosa…

—No importa.

Aquel ser preguntó:

—¿Lo crees así?

Asintió:

—Sí. Más que creerlo, estoy seguro… Ya sé que ellos no son como nosotros, los hombres de hace dos mil años; pero, poco a poco, cuando vuelvan a ser los dueños del planeta, tornarán a ser libres… y malos.

La voz era débil a decir:

—Eso es lo que temo.

Hamilton hizo un gesto.

—Pues de ello no hemos de discutir más. Ya te dije que el destino del hombre está por encima de todas las filosofías y que en esta época, sabemos tanto como Aristóteles. ¿Quieres decirme cómo he de coger esa arma?

—Sí; ¿ves la segunda pantalla?

Olaf asintió.

—El armario adyacente se abre al presionar hacia arriba. El arma que hallarás en su interior es de un manejo tan simple que hasta un chiquillo sabría cómo hacerla funcionar sólo con tenerla en la mano.

La voz del psíquico era cada vez más débil y hasta Olaf sentía una especie de animadversión, en la que había mucho de conmiseración, de mirar hacia aquel cuerpecillo que agonizaba.

—Te deseo mucha suerte —dijo el psíquico.

—Gracias...

Y esperó, seguro de que aquella extraña criatura ya no diría una palabra más. Porque, sencillamente había dejado de existir.

CAPÍTULO IX

El arma que Olaf tenía en las manos era tan liviana que parecía imposible que su poder alcanzase la potencia de que había hablado el psíquico.

Con ella en las manos, Hamilton se dispuso a abandonar el laboratorio, dispuesto a luchar, fuese como fuese, contra las criaturas azules, que ya debían de estar llegando a la Tierra.

Iba a acercarse a la puerta cuando las pantallas volvieron a iluminarse, tornando a aparecer los rostros de los interpretativos.

—La cantidad de nitrógeno en la atmósfera está aumentando de una manera tremenda... ¿Qué hacemos?

Aquello demostró a Hamilton que los invasores habían echado mano del arma más poderosa que existía.

¡Ah, si hubiese podido comunicarse con aquellos interpretativos!

Les habría preguntado dónde podría encontrar máscaras antigases para protegerse del venenoso nitrógeno que, dentro de poco, dominaría el oxígeno del aire.

No queriendo esperar más, salió del laboratorio, desembocando en una sala enorme.

—¡Alan!

Spencer estaba allí, sentado, esperando.

Al ver a Olaf, se levantó, visiblemente sorprendido, avanzando hacia él y estrechando fuertemente su mano.

—¿Qué ha pasado? ¿Les has convencido?

Olaf sonrió, tristemente.

—Los he matado.

Y le contó al joven todo cuanto habla ocurrido en la estancia.

El otro le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. Después, al terminar su relato, Hamilton agregó:

—Lo importante es buscar la manera de defenderse del aumento de nitrógeno...

—¿Y todos los demás? Los nuestros, allá en África.

—No te preocupes por ellos... Necesitamos protegernos nosotros, ya que somos los que hemos de combatir a los invasores... ¡Y no perdamos más tiempo! Cada minuto que pasa es algo que se pierde irremisiblemente...

—¿Y dónde vamos a encontrar lo que quieres?

—No lo sé... ¡Vamos!

Anduvieron, de un lado para otro, recorriendo salas, pasillos, rampas, tropezando con grupos de coordinadores que recorrían las salas de trabajo donde los musculares y asocia- dores, incapaces de comprender lo que ocurría, seguían su vida de «robots» vivos.

—¡Esta es la desastrosa Humanidad que hicieron los psíquicos! —exclamó Olaf—. ¡Y encima deseaban defenderla!

Momentos más tarde, tropezaron con un interpretativo, y Hamilton, dispuesto a no perder la ocasión, se acercó a él.

—¿Dónde puedo encontrar una máscara protectora?

—¿Una qué?

Tardaron más de diez minutos en hacer comprender a aquella pobre criatura lo que deseaban. Por fortuna, después de aquel esfuerzo, lograron que el interpretativo hablase de constructores de sótanos.

—¡Eso es! —exclamó Olaf.

—¿El qué? —inquirió Alan, extrañado.

—¡Ya verás! —Y dirigiéndose al interpretativo —: ¡Llévanos a los sótanos, es muy importante!

El otro, con una apatía que llenaba de angustia a Hamilton, les precedió, descendiendo una rampa interminable,, hasta desembocar en unos sótanos donde un grupo enorme de musculares abrían galerías, utilizando unas máscaras perfeccionadas para protegerse de los gases deletéreos que resultaban de la desintegración provocada por las máquinas perforadoras, que utilizaban un poderoso disolvente químico.

No tardaron en encontrar el almacén, cogiendo dos máscaras, una vez el interpretativo les hubo explicado que aquel aparato no necesitaba depósito de oxígeno, ya que lo creaba por sí solo.

—Vamos.

Subieron, siempre precedidos por el interpretativo. Pero ellos dos llevaban ya la máscara puesta.

A medida que se iban acercando a los pisos superiores, se encontraron con cuadros horrorosos, con escenas de pesadilla.

Cientos y cientos de humanoides yacían por el suelo, asfixiados por la abundancia de nitrógeno en el medio ambiente. También el interpretativo que les acompañaba se desplomó, bruscamente, sin una queja.

—¡Pobrecillo! —exclamó Alan.

—No le compadezca. Era una máquina a la que los monstruos psíquicos habían arrancado toda esencia humana, de la que no guardaba más que el aspecto corpóreo.

Encontraron, un poco más tarde, la salida.

Las calles ofrecían un aspecto de desolación horrendo.

Por doquier los cuerpos lo ocupaban todo, cubriendo el asfalto. Multitud de vehículos se habían estrellado contra las paredes de las casas, quedando en las posturas más inverosímiles.

—No podrán estar descontentos los invasores...

—¿Por qué, Hamilton?

—Porque han conseguido su primer objetivo, al menos parcialmente.

—¿Y los nuestros?

—Ya nos ocuparemos de ellos. Es posible que no corran peligro alguno.

—¿Cómo te atreves a afirmarlo?

—Ya lo verás. Por el momento, has de ayudarme a combatir las astronaves de los azules en cuanto aparezcan.

—¿No esperarán a purificar la atmósfera?

—Al contrario, mantendrán el nitrógeno tanto como puedan, ya que es su elemento normal de vida.

Avanzaban por una calle, que, como las otras, estaba repleta de cadáveres.

—Dentro de unas horas —dijo Olaf— nadie podrá vivir en un ambiente como éste, si es que queda alguien vivo. La desintegración de estos cadáveres va a producir un hedor horrible.

—Tienes razón.

Una especie de mosconeo lejano llegó hasta ellos.

—¿Qué es eso? —inquirió Alan.

—Deben de ser las astronaves de los azules... Vamos a colocarnos junto a este edificio. Desde aquí dominamos una gran parte de espacio libre.

—¡Míralas, Hamilton!

Olaf levantó la cabeza, viendo llegar una formación de una docena de naves de forma ovoide, que descendían majestuosamente hacia el suelo.

—Vamos a ver si el psíquico estaba en sus cabales... —dijo echándose el rifle al hombro.

No tardó en descubrir tres escuadrillas de astronaves que se acercaban hacia allá, atraídas seguramente por la inesperada explosión.

Oprimió el gatillo.

El estruendo llegó hasta ellos, con violencia, pero no ocurrió nada de la primera vez. Cuando la nube desapareció, observaron que las astronaves enemigas tampoco estaban.

* * *

Jim Carter, después de recibir el mensaje que por mediación de Zirconni, el matemático, le había enviado su amigo, comprendió los propósitos de éste, maldiciendo el que no le hubiesen dejado correr la suerte de Olaf.

Pero, de todos modos, logró reunir a la Junta de Gobierno y les habló claramente, sin ambages, atacando directamente.

—No crean ustedes que estoy contento de lo que han hecho con mi amigo, después de que nosotros, confiando en ustedes, nos refugiamos aquí. Ya sé, ya sé que lo que desean es lograr que los humanoides les proporcionen la ayuda necesaria para combatir la invasión que se acerca.

»Todo eso está muy bien, pero los psíquicos pueden vengarse en la persona de Olaf Hamilton, que logró burlarse de ellos. Y si esto ocurre, no podré perdonárselo jamás.

»Por otro lado, demostrando el interés que tiene por la Humanidad, mi amigo me ha facilitado algunos datos, él que conoce mejor que nadie a las fatales criaturas azules, ya que pudo estudiarlas durante nuestra estancia en el Sistema de Alfa del Centauro.

Miró a los demás, que estaban pendientes de sus palabras.

Y prosiguió:

—Los azules son, eminentemente y antes que otra cosa, unos formidables químicos. Su vida, especialmente sometida a leyes químicas, mucho más que la nuestra, les ha obligado a estudiar profundamente esa materia, en la que son verdaderos ases.

»Por eso mi amigo cree, está completamente convencido, que los azules utilizarán exclusivamente armas químicas.

—¿Qué clase de armas? —inquirió uno de los presentes.

—Primeramente —repuso Carter— procederán a un cambio integral en la atmósfera de la Tierra.

—¿En qué sentido?

—Enriqueciéndola en nitrógeno, elemento vital para ellos, pero mortal para nosotros, sobre todo en la proporción en que existirá en el aire, cuando ellos ataquen.

—¿Y qué se podría hacer?

—Olaf aconseja encerrar a las poblaciones en los abrigos que ustedes construyeron, aislándolos completamente del exterior. Ya sabemos que pueden fabricar oxígeno a voluntad y que la cuestión de víveres, por el momento, no cuenta... ¿No es así?

—Así es, en efecto.

—Perfecto. Ignoramos después lo que harán, pero de lo que estamos completamente seguros es de que no podrán mantener la riqueza en nitrógeno mucho tiempo. El equilibrio de la atmósfera volverá a establecerse y el ciclo del nitrógeno tornará a ser el de antes,

—¿Entonces...?

—Será todo el tiempo que tengamos que permanecer encerrados. .. Luego, al normalizarse la atmósfera, ellos ya estarán aquí, viéndose obligados a ponerse escafandras o máscaras espaciales para poder sobrevivir...

—No conviniéndoles el ambiente... ¿no terminarán por irse?

Jim sonrió.

—No, aunque sería de desear.

—¿Por qué no?

—Porque, sencillamente, las criaturas azules no son tontas, ni muchísimo menos. Y en cuanto descubran que todo el ciclo del nitrógeno se juega, principalmente, al nivel del suelo, gracias a las bacterias nitrificantes, harán que esas especies de microorganismos se desarrollen de tal modo, evitando sus causas de destrucción, que el nitrógeno será, después de cierto tiempo, igual, cuantitativamente, que en su lejano planeta.

—¿Y ése es el momento...?

—Eso es. En ese momento nuestras posibilidades de existencia habrán terminado para siempre.

—El problema es horrible.

—Claro; pero no hay que amilanarse..., ya que no se ha perdido aún la batalla que, en realidad, no ha comenzado todavía.

—¿Cuál es su plan?

—El de Olaf: encerrarnos en los refugios, esperar la normalización de la atmósfera y cuando esto hay ocurrido salir a luchar, despiadadamente, contra los invasores.

—¿Con qué medios?

—Con los que dispongamos y con los que creemos después. Lo importante es impedir que conviertan la atmósfera terrestre en algo suyo. Y como deberán utilizar escafandras y equipos espaciales, podremos combatirlos con mayor facilidad.

—¿Cree usted que logrará algo su amigo?

—No le han dado ustedes pruebas de verdadera amistad, al entregarle a esos embriones; pero conozco a Hamilton y sé que no es rencoroso y que, si puede conseguir algo, no se detendrá ante ningún obstáculo... ¿Van a ordenar el paso de las poblaciones a los refugios subterráneos?

—Ahora mismo.

CAPÍTULO X

Cerca de un centenar de astronaves se habían destruido, de tal forma que las criaturas azules no aparecieron más por aquel sector.

—No vemos más.

—Ya lo sé —y el rostro de Olaf expresó una contrariedad sincera —. Tendremos que pasar, irremisiblemente, a la segunda parte.

—¿A qué te refieres?

—Hay que llegar a África y destrozar todo lo que se haya posado allí. Debemos dar la batalla principalmente allí, ya que necesitamos una astronave.

—¿Para qué?

—Para terminar con nuestros enemigos. Estoy seguro de que estas destrucciones les han hecho reflexionar, pero también es posible que las cataloguen como puros fenómenos naturales.

—¿Por qué lo harían?

—Porque han visto los cadáveres de los humanoides, a los que han tomado por únicos seres inteligentes de la Tierra y no se explican que los muertos puedan hacerles la guerra.

—¿No conocen nuestra existencia?

—No.

Hubo una pausa»

—¿Y cómo podremos llegar hasta África?

—Con el aparato que nos trajo... ¡Es una lástima que los psíquicos no construyesen astronaves! Hubiesen logrado verdaderas maravillas.

Durante todo aquel día y guiado por Alan, que conocía bastante bien aquella parte de la ciudad, Olaf anduvo de un lado para otro, hasta que llegaron a encontrar el espaciódromo donde estaba aún el aparato que los había llevado a la ciudad de los humanoides.

—Tú conducirás —dijo Olaf— y yo vigilaré el espacio con el visor telescópico...

—Bien.

El despegue fue notable, demostrando Alan el dominio de aquellos poderosísimos reactores. Momentos después volaban, a gran altura, sobre el Atlántico.

—¿Qué crees que habrá pasado en África? —inquirió Spencer, al que su amigo había explicado el mensaje que enviara a Jim.

—Nada malo. Estarán encerrados, en espera que la atmósfera se

purifique.

—¿Y los azules?

—Eso no puedo decírtelo... Es posible que se hayan decidido a desembarcar en alguna zona de la Tierra, aunque lo dudo...

—¿Por qué?

—Porque si se han dado cuenta de que las destrucciones han sido realizadas con armas, esperarán en el espacio exterior, a la expectativa.

Una vez atravesado el océano, Alan se dispuso a aterrizar en las cercanías de la antigua ciudad de El Cabo.

Cuando el aparato se posó en la pista, empezaron a caer las primeras gotas.

—Llueve... —dijo Olaf, pensativo.

Pero, casi en seguida, lanzó un grito de aviso, ya que las gotas de la aparente lluvia corroían las paredes metálicas del reactor.

—¡Cuidado, Alan!

—¿Qué pasa?

—¡Fíjate! ¡Está lloviendo ácido!

Así era y aquello le demostró a Hamilton que los azules habían descubierto su existencia, sabiendo también que poseía el terrible rifle de los rayos cósmicos.

—¿Qué hacemos, Olaf?

—¿No podemos acercar el reactor a la entrada de un refugio?

—Imposible. Es demasiado rápido... Mira, allí hay una entrada a unos cincuenta metros de aquí...

—No llegaremos nunca...

Las gotas seguían mordiendo el metal y despidiendo vapores verdosos.

—Debe de ser ácido clorhídrico —musitó Olaf. Y después de una pausa añadió—: Han sido más listos que nosotros... Hemos perdido

estúpidamente la batalla.

Pero Alan, poniéndose en pie, en el centro de la cabina, con los ojos brillantes, gritó:

—¡No! ¡No nos derrotarán!

—¿Por qué? ¿Qué solución, hay, Alan?

Spencer sonrió.

—Hasta ahora, amigo mío, influido por esta vida pasiva y vigilada a que nos tenían sometidos los humanoides, no me he dado cuenta de lo que significaba la libertad que podemos conseguir…

»¡Devolver a la Humanidad las riendas que los psíquicos le arrancaron de las manos! ¿No te das cuenta, Hamilton?

—Perfectamente, amigo mío.

—¡Pues eso es lo que cuenta! ¿Qué importa la pérdida de unas vidas, si se consigue algo tan importante?

—No te entiendo.

—Vas a entenderme en seguida… ¡Salgamos fuera!

—¿Te has vuelto loco?

—No. Me he vuelto hombre… Un hombre de verdad, como tú, enamorado de la vieja Humanidad, con todos sus defectos y todas sus virtudes…

—¿Qué quieres decir?

—¡Salgamos!

—¡Nos quemará el ácido!

—No. Vas a llevarme sobre tus espaldas, hasta llegar a fa entrada del refugio. Yo te protegeré con mi cuerpo… Y, sí corres un poco, podrás llegar sin sufrir el menor mal.

—¡No!

—Tienes que hacerlo, Olaf. Tú, menos que nadie, puede negarse a esto que te propongo… Hay que defender a los que esperan, ahí abajo, en

los refugios, la verdadera hora de la libertad…, el maravilloso volver a empezar.

—Pero…

—¡No perdamos tiempo! Ese fue tu lema desde que te conocí, no lo repudies ahora.

Olaf se mordió los labios.

Entonces Alan se echó sobré él, montando sobre sus espaldas y procurando cubrirle por completo.

—Ya puedes salir, Hamilton.

Olaf tenía las lágrimas en los ojos.

—Eres mucho mejor que yo, Alan.

—No lo creas. Tú me has convertido en algo verdaderamente útil para los demás… ¡En marcha, amigo!

Temblando, más por la emoción que por el peso, Olaf avanzó hacia el refugio, con el corazón transido de dolor, sintiendo los estremecimientos convulsivos del cuerpo de su amigo, a medida que las terribles gotas iban penetrando en su carne.

Era una tortura espantosa.

Corrió, cuanto pudo, deseando que Alan saliese, aunque herido, vivo para que pudiese ver el magnífico porvenir que esperaba a la Humanidad.

Pero aquello era imposible.

Mordiéndose los labios, hasta hacerse sangre, llegó a la rampa, descendiendo por ella como una exhalación. Al estar al abrigo de la mortal lluvia, se detuvo, posando blandamente el cuerpo de Spencer en el suelo.

Alan agonizaba.

Había, sin embargo, una hermosa sonrisa en sus labios,

—¡Alan, amigo mío!

—No… te… preocupes…

—¡Te juro que te vengaré, Alan! No quedará ni uno solo…

—Ya… lo… sé… Corre, Olaf… Tú puedes salvarnos… a… to…dos…

Su cabeza cayó bruscamente sobre el pecho.

Había muerto.

* * *

Tardaron dos días en preparar la astronave.

Jim no se separaba de su amigo, al que creyó no volver a ver. Por otra parte, las formidables aventuras que Olaf había corrido, la muerte de los psíquicos y la posesión del rifle de los rayos cósmicos corrió de boca en boca.

Y las sonrisas de esperanza volvieron a aparecer.

Hamilton encargó que se forjase una doble pared para la astronave, de manera que ésta pudiese soportar la lluvia destructora los pocos segundos que tardase en estar raerá de la atmósfera.

El momento de la partida fue emocionante.

Jim, naturalmente, formaba parte de la expedición y a él fue encomendada el gobierno del astro-cohete, ya que Olaf debía encargarse del manejo del rifle, que había sido instalado a proa, sobre un juego articulado que le proporcionaba la facilidad de realizar toda clase de movimientos.

June y Marie fueron a la rampa subterránea de salida.

Las dos muchachas besaron a los héroes que iban a salir a luchar por la Humanidad. Estaban orgullosas de ser amadas por aquellos hombres y lo manifestaban abiertamente.

—¡Esperaremos con ansia vuestro regreso! —dijo June.

—¡Cuidaos mucho! —recomendó Marie.

Por fin la compuerta se abrió, encendiéronse las pilas y la astronave salió, como una exhalación, rumbo al espacio exterior.

La lluvia de ácido seguía cayendo.

La doble pared sirvió maravillosamente para librar al astro-cohete de la mordiente caricia de la lluvia corrosiva. Una vez fuera de aquella peligrosa lluvia, Jim se orientó, buscando afanosamente a sus enemigos.

El tiempo pasaba velozmente.

No tardaron en encontrarlos.

El espacio parecía lleno de puntos.

Toda la flota azul estaba allá, concentrada, ya que habían visto la salida de la astronave y se habían reunido para destruirla.

Formando un espeso muro, las astronaves de Alfa del Centauro se dispusieron para el combate, confiando en su superioridad numérica.

Jim preguntó:

—¿Qué armas pueden utilizar?

Olaf contestó:

—Poco nos importa... Voy a disparar...

Pero antes que lo hubiese hecho, la astronave empezó a saltar, locamente, de un lado para otro, como si fuese impulsada por un rabioso océano invisible.

Los dos amigos tuvieron que atarse, en última instancia.

—¡Están utilizando corrientes magnéticas! —exclamó Jim.

Olaf comprendió.

—No podremos disparar...

—¡Hemos de hacerlo! Si nos dejamos ir así, el astro-cohete terminará por agrietarse, deshacerse en el espacio...

Olaf se dio cuenta del horrible peligro que corrían, concentrando toda su atención en el visor; pero, a pesar de sus esfuerzos, no lograba apuntar nada, ya que la astronave se movía diabólicamente.

—¡Jim!

¿Qué quieres?

Pon las pilas al máximo y lanza el cohete en una sola dirección. Conque me permitas un segundo de inmovilidad, o quizá menos, tendré bastante para disparar.

Voy a hacer lo posible.

Era la última oportunidad.

Concentrando toda la energía de las pilas atómicas y corriendo el peligro de una desintegración, por la generación de una reacción en cadena, Jim pulsó el botón, logrando que la astronave saliese despedida de la zona de corrientes magnéticas en la que estaba presa.

¡Ahora!

Había logrado un segundo apenas de relativa inmovilidad. Y Olaf lo aprovechó de una manera definitiva.

Apretó el gatillo, después de marcar 8 en la ruedecilla.

Pareció, por un momento, que el espacio entero se abrasaba; después, sin ninguna clase de ruido, el vacío vibró, haciendo danzar nuevamente la astronave.

¡Pero esta vez era un baile de victoria!

Cuando la nubosidad desapareció, el cielo, el espacio estaba completamente limpio de enemigos.

EPÍLOGO

¿Quién conoce a esta Tierra de ahora?

Las ciudades han vuelto a ser lo que eran. Y, aunque hay muy pocas, porque el número de Humanos es aún relativamente pequeño, vuelven a tener la apariencia de antes.

Hay niños en las calles, y mujeres, y vehículos que recuerdan vagamente, muy vagamente, los automóviles de hace dos mil años.

Claro está que estos vehículos son capaces de abandonar el suelo, en cuanto lo desea su dueño, volando por el aire, libremente; pero, de todos modos, da gusto volver a ver las viejas cosas.

Hay hombres dichosos, casas en las que se respira la felicidad y casas donde reina el dolor. Hay de todo en esta vieja y simpática Humanidad.

Quizá la zona que todavía queda fuera de la nueva medida sea la de América.

Nadie quiere ir.

Hay sitio en la vieja Europa, en África, en Asia y en Oceanía. Hay sitio para muchos años, para muchos siglos.

Sin embargo, la gente conoce América.

Pero no quieren ir.

No quieren ver las monstruosas ciudades de los humanoides, ni tener que retirar sus cadáveres de las calles, de las salas de trabajo, del dédalo de pasillos y rampas.

No, no quieren.

Prefieren olvidar aquello, ignorarlo, como hacemos con una mala pesadilla que intenta perseguirnos al despertar. Y es que los mil años de historia que acaban de pasar son eso: una pesadilla que los hombres desean olvidar, trabajando, amando, sufriendo… y hasta odiando.

Porque las cosas, por muy mala apariencia que tengan; las cosas de nosotros, los hombres, son nuestras, y por eso nos agradan, o nos repugnan, es igual. Lo que no podemos soportar es que se intente arrancar nuestro tesoro personal, nuestra individualidad…

Nos llamemos Pérez, Hamilton o Carter, es igual. Queremos, deseamos, sobre todo, seguir siendo Pérez, Hamilton o Carter.

Nada más.

Y hablando de nuestros dos viejos amigos —¡y tan viejos! —, hemos de decir, aunque ya se lo imaginarán ustedes, que se han acoplado perfectamente a la nueva existencia.

¿Que si se han casado?

¡Naturalmente!

Y hasta ya hay bebés que, muy pronto, pasada la forzosa época de semimudez, los llamarán «papá» con su lengua estropajosa.

Ambos viven en una hermosa y limpia ciudad, no muy grande. Porque los hombres se han convencido —¡al fin!— de que las grandes ciudades son tan inhumanas como las de los humanoides, que creó el genio diabólico de los psíquicos.

Sin que nadie lo supiese, ya que nadie quiere saber nada de América, Olaf y Jim, en un avión especial, cargado de bombas, sobrevolaron la Gran Ciudad de los humanoides, destruyendo, para siempre, la reina, aquella horrenda cubeta donde se forjaba la vida horrible de las desgraciadas criaturas creadas por la ciencia.

Ahora a esperar.

¿El qué?

En seguida:

Que dentro de unos años, algún viajero atrevido salga de Europa —¿quién sabe si de la misma España?—, atravesando el océano Atlántico… para descubrir América.

¿Tendría gracia, eh?

FIN